



NUM. 48. PRECIO DE LA SUSCRICION.—Madrid: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 28 DE NOVIEMBRE DE 1869 AÑO XIII. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO RICO Y EXTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

## REVISTA DE LA SEMANA.



continúa un tanto nublado el horizonte político. Además de los enemigos, ya encubiertos, ya declarados que la situación tiene fuera de su seno, dentro de él mismo surgen escisiones fundadas unas veces en motivos de gobierno interior, y otras en la tan asendereada empresa de elección de un monarca tal

que á todos agrade y pueda satisfacer las aspiraciones de todos. Solo con esto queda consignada la dificultad de tamaña empresa. Así las candidaturas se suceden, inutilizándose unas á otras, y siendo el resultado de todo esto por ahora la prolongacion indefinida de la actual interinidad.

Otra de las dificultades, y no pequeña por cierto, es el arreglo de la Hacienda. Para ello, á pesar de todas las teorías económicas inventadas y por inventar, sólo existen dos caminos: disminuir los gastos ó aumentar los ingresos. El segundo es impracticable, pues el comercio, la agricultura, la industria y la propiedad, apenas pueden sobrellevar los excesivos impuestos: resta solamente el primero, que son las economías con acierto realizadas, y en este punto hay mucho por hacer todavía, pues aun quedan muchas ruedas inútiles de la máquina social, que consumen y no producen, estorban y para nada ayudan, sino es para atraer consigo la decadencia y la ruina. Teniendo esto en cuenta el ministro señor Zorrilla ha desistido de la perjudicial supresion de universidades y prepara importantes trabajos sobre reforma y dotacion del clero, arreglo de diócesis y parroquias, culto y demás particularidades eclesiásticas que pueden ser objeto de la legisla-

cion civil. ¡Cuánto más económico, más breve y mejor sería que en tiempo oportuno se hubiera establecido la independencia entre la Iglesia y el Estado, cumpliendo así las aspiraciones de la revolucion y de la ciencia! Desengáñense los gobiernos liberales: por muchas condescendencias que tengan para con el clero mitrado, éste será siempre su mortal enemigo, y así lo ha manifestado en todos tiempos y circunstancias.

Objeto de muchos comentarios en Madrid ha sido la remision bajo partida de registro del obispo de Cuba, hecha por el capitán general de aquel departamento. Al llegar el mencionado obispo á Cádiz, acompañado de unos 80 á 100,000 pesos (que ciertamente no es mala compañía), intentó fugarse á Gibraltar; pero la Divina Providencia, sin cuyo permiso no se mueve ni la hoja del árbol, hizo que fuese cogido por las autoridades y que en vez de ir á parar á Gibraltar, que es tierra de protestantismo y perdicion, viniese al edificio de los padres Escolapios de Madrid, donde á esta hora se encuentra S. Ilma. incomunicado y con agentes de guardia. Por otra parte el obispo de Urgel, hallándose sujeto á un expediente, se ausenta sin permiso del ministro de Gracia y Justicia, manifestándole que se ha cubierto con un manto de gloria; mientras el padre Maldonado reúne á los carlistas cerca de la frontera; y allí, cumpliendo sus apostólicos deberes de predicar la paz, les excita á la guerra civil, la más sanginaria de todas, ofreciéndoles la dominacion de España, el restablecimiento de las dulzuras del absolutismo y la completa extirpacion de la tiranía liberal. ¡Sublime!

Y ya que de carlistas se trata, bueno es conocer que ni se desengañan, ni se arrepienten. Al pobre de don Carlos le han hecho creer que la inmensa mayoría de los españoles suspira por verle en el trono; á lo cuál contesta el inhábil conspirador que se resigna á ser monarca; cuya respuesta, despues de su malograda intentona, es en alto punto bufa y grotesca. Llevando adelante su resignacion, prepara en la Rochete, segun se asegura, el embarque de una nueva expedicion de carlistas para desembarcar en las costas del golfo Cantábrico. Dícese que Cabrera prestará fuerza moral á la intentona; pero que en ella no tomará parte activa. Alabamos la prudencia del caudillo tortosino. Agentes carlistas viajan sin cesar de Londres á París, á ver si logran comprometerle para que se ponga al frente del

movimiento, y tambien para allegar recursos con que comprar y remitir armas á sus encubiertos partidarios de la Península. Pero estas armas, como el señor obispo de Cuba, en vez de ir á su destino, van á manos de la autoridad. Ultimamente el alcalde de Irun aprehendió ocultos en una cueva diversos cajones, conteniendo 600,000 cápsulas de fusil, que servirán para los voluntarios nacionales. No hay duda de que en todas las cosas el hombre propone y Dios dispone.

Como en otro lugar de este número reproducimos una estensa carta relativa á la apertura del istmo de Suez y festejos extraordinarios celebrados con este motivo, solo diremos aquí que el comercio de Barcelona ha felicitado al insigne Mr. Lesseps, y que en las Cortes Constituyentes se ha presentado una proposicion para que oficialmente se haga lo mismo á nombre del pueblo español, que tan poderosamente ha contribuido á dilatar la civilizacion por la tierra con sus empresas y descubrimientos.

En vista de los esfuerzos que en Egipto hace el khedive en pró de la cultura y del comercio, ha determinado el sultan por un decreto, que en adelante puedan salir por la noche del estrecho de los Dardanelos, así los buques de vela como de vapor, sin consignar el depósito á que estaban obligados anteriormente; cuya medida no puede ser más beneficiosa para los intereses mercantiles.

Acércase la apertura del Concilio, y de los obispos que se esperan en Roma son muy pocos lo que faltan. De los 54 prelados que hay en España, ya 42 han obtenido autorizacion para asistir al Concilio, siéndoles negada al arzobispo de Santiago y obispo de Urgel, por hallarse sometidos á los tribunales. Despues de las célebres cartas del padre Jacinto, mucho cuidado han infundido á la curia romana la del obispo de Orleans sobre la infalibilidad del papa, así como llama la atencion de todos otra posterior del mismo prelado, censurando enérgicamente la conducta del escritor neo-católico Mr. Veuillot, con motivo de las cuestiones religiosas pendientes.

Prosiguen los alistamientos de voluntarios para Cuba. En Málaga se ha formado un batallon completo, sobrando no pocos individuos que pasarán á formar parte del que se está organizando en Granada. Tambien está ya perfectamente organizado y equipado el batallon de voluntarios vascongados, que á estas ho-

salido ó estará para salir de Cádiz. Las noticias que se reciben de la insurrección continúan siendo favorables para España: los rebeldes, faltos de recursos y divididos entre sí, van presentándose á las autoridades, y sólo aquellos más comprometidos por sus antecedentes criminales, se obstinan en prolongar la lucha. En Cinco Villas se presentó á indulto una partida de 400 hombres con sus jefes. Como si quisiera poner el sello á su indigna conducta el titulado general Céspedes, que á sí mismo se proclama libertador de Cuba, ha dado órdenes para la destrucción de los campos de caña y de las cosechas del tabaco por el incendio, y aun de las aldeas, pueblos y ciudades hasta donde sea posible á sus emisarios. De este modo promete á su patria felicidad é independencia. ¿Qué mayor daño podría deseársela que la devastación y la ruina el enemigo más encarnizado? Afortunadamente los incendiarios apenas se atreven á dejar sus guaridas, y evitan con suma prudencia los encuentros con nuestros soldados. Respecto al gobierno de los Estados-Unidos, ahora menos que nunca piensa reconocer como beligerantes á los que sólo pueden reconocerse como rebeldes y malhechores.

El casamiento morganático de Víctor Manuel, ya convaliente de su peligrosa enfermedad, parece ser cosa decidida. Según el *Gaulois*, la causa de su enfermedad no fue un pasmo como se decía, sino el susto que llevó al verse acometido por un jabalí. ¡Y que todo un monarca se esponga á tales sustos por gusto! Ahora ya no extrañamos que por segunda vez se case. Dios le dé cuanto le hace falta.

N. C.

Por complacer á nuestros lectores que supanemos leerán con gusto cuanto se refiere á la colosal empresa de Mr. Fernando Lesseps, reproducimos la siguiente carta publicada por *La Epoca* del 22 del actual, acerca de

### EL ISTMO DE SUEZ.

Cairo 8 de noviembre de 1869.

Héme aquí, señor director de *La Epoca*, asendereado y molido por una semana de movimiento y emociones constantes, reposando ya hace tres días en esta hermosa capital del Egipto, vecina y émula de la antigua Menfis. Rodéame en este momento media España y media Francia, ó lo que es lo mismo, medio Oriente y medio Occidente. Percibo el humo de la locomotora, que es el emblema de la movilidad, y la cúspide de las pirámides, que son el signo del reposo perpétuo. Veo gentes hambrientas y medio desnudas, alternando con todos los refinamientos del lujo más ostentoso: casas de yeso, que se bambolean con un soplo, y palacios de filigrana y piedras preciosas que desafían la inclemencia de los huracanes: costumbres primitivas que recuerdan los orígenes del mundo, y costumbres modernas que presagian el fin de las sociedades. Asisto á un espectáculo físico y otro moral, que dudo si han tenido precedentes en la historia humana.

Permítame usted, pues, este desahogo declamatorio antes de que le diga lo que ha pasado por mí. Hay circunstancias de la vida, en que el historiador tiene que declamar antes de narrar. Cuando usted se asoma á la torre de la Vela de Granada, antes de asomarse grita.—Yo he corrido el canal marítimo de una punta á la otra; he estado en Kantara, en el Guirs, en Ismailia, en Serapeum, en Chaluf y en Suez. He andado en barco, en ferro-carril y en burro: he comido castañas, asadas por un árabe á la puerta de la taberna de un alemán, y saludado al virey en los magníficos salones de su palacio de Addin. Yo he visto sultanas y meretrices, princesas europeas y cómicas de café cantante; he visto mahometanos de frac y corbata blanca; he bebido agua del Nilo, sacada del pozo de Joseph, y vino del Rhin, sacado de las bodegas de Spielberg. En una palabra, yo he vivido ocho meses en ocho días, y ahora necesito estos ocho minutos de desahogo para prepararme á escribirle á usted durante ocho horas consecutivas. Me parece que puede perdonárseme un poco de aturdimiento.

Antes de nada, quiero decirle á usted el dichoso encuentro que tuve antes de ayer casi en la estación misma del ferro-carril: la comisión científica española acababa de llegar al Cairo desde Alejandría, con pocas horas de diferencia de mi llegada al Cairo desde Suez. Nos encontramos en el *square* Mehemet-Alí, que es como si dijéramos, en la plaza de Oriente de Madrid, al pie de la ciudadela, que es lo primero que se visita en el Cairo por gozar de sus hermosas vistas. Esta bella plaza conduce á una puerta monumental, donde en 1811 se verificó la horrible matanza de los mamelucos: especie de Puerta del Sol, aunque aquí hay puerta.

La comisión, usted lo sabrá hace tiempo, yo lo he sabido ahora, se compone de los directores de instrucción y obras públicas, señores Merelo y Saavedra, de otros ingenieros á quienes ya conocía de fama, y de un mozo paraguayo mio, el señor Riaño, joven profesor que nació como la revolución, de teoría é historia de las

bellas artes, pero á quien después de la revolución dejaron escudante, quizá porque el que lo hizo barruntaba que mucho tiempo después de ella no iban á hacer falta en nuestro pobre país ni artes, ni historia, ni teoría. Ahora lo han traído á Egipto: ¿por qué será? Yo me supongo que es porque habla admirablemente el italiano, el francés y el inglés (en cuya lengua escribe para las revistas de Londres); porque conoce el árabe con perfección y porque es eruditísimo en arqueología. De todas maneras yo aplaudo al gobierno de España por su elección: con hombres como los señores Saavedra y Riaño (sin ofender á los restantes) y el señor Montesinos, que ya honró á la patria formando parte de la comisión europea que declaró practicable el canal de Suez en 1854, nuestro país está perfectamente representado. El único que lo representa mal soy yo; esto es, el cronista.

La amistad de estos señores, me ha proporcionado ocasión de ver y presenciar muchas cosas que difícilmente hubiera conseguido con mis propios recursos; y eso que Mr. de Lesseps conserva una predilección tal por los españoles, que no hay sino hablar la lengua de Castilla para ser uno atendido y obsequiado al primer por este virey cristiano del Egipto.

El virey musulmán ha hecho una ostentosa gala, ya lo he dicho antes de ahora, del modo como se practica la hospitalidad en los pueblos orientales. Sus órdenes para el agasajo son tan latas, que los servidores de las fondas y lugares de recreo no preguntan nunca si el extranjero es invitado del khedive ó forma parte de alguna comisión internacional: en vano se pide la cuenta después de hecho un gasto, por crecido que sea; como uno no lleve turbante, todo está pagado.

Si esto sucede con los indiferentes como yo, ¿qué será con los que aquí representan un derecho cualquiera?—En cuánto llegan extranjeros convidados al Cairo, y lo mismo sucede en Alejandría, salen á recibirlos los cónsules de su país, que ya por serlo gozan de privilegios inapreciables. Uno, por ejemplo, de los más útiles á la llegada, es que puedan llevar en el pescante del coche un genízaro con largo bastón terminando en porra de plata y sable corvo á la cintura. Estos lacayos se meten en todas partes y van indicando con su presencia que no hay puerta cerrada para el señor á quien pertenecen. Si hay multitud de gentes, la apartan ó la atropellan: si es una estación de ferro-carril, se agarran á la portezuela de un carruaje y causan mucho mayor respeto á los viajeros que la tablilla «reservado»: si alguien se atreve á estorbar el paso á su señor, con la porra de plata se las componen. Usan aquí genízaros, á más de los cónsules, los obispos católicos y griegos, y algún otro personaje indígena de mucha importancia.

Ahora, sin embargo, todos llevamos genízaros, pues genízara es para estas pobres gentes la altiva superioridad de la civilización. También tenemos gratuitamente coches, asiento en los teatros, dragomanes que conocen diversas lenguas, y para decirlo de una vez, todo cuanto el viajero puede necesitar.

Cuando se entra en la fonda (yo estoy en la de Europa), un camarero italiano, que todos lo son, coloca delante del convidado una preciosa lista, muy bien impresa en Cairo, que dice, poco más ó menos, lo siguiente:

«Servicio diario de mesa, que se pone á disposición de los señores viajeros.—Desayuno. Café con leche y manteca, té con leche y rom, huevos cocidos ó fritos, chocolate con bizcochos.—Almuerzo. Macarrones, arroz ó vianda parecida, carne fría, carne asada, carne guisada, legumbres frescas ó secas, patatas á la inglesa, entremeses diversos, postres variados, quesos, café negro y licores de todas clases.—Comida. Sopas variadas, pescado blanco, plato de carne entera, principio caliente, principio frío, asado de aves, ensalada verde, plato de legumbres, pasteles, cremas, quesos, postres de todas clases, café y licores como en el almuerzo.—Cena á media noche. Lo que se pida.—Vinos para almorzar. Ordinario, Medoc, Chateau-Margaux, Sauterne.—Vinos para comer. Medoc, Madera, Borgoña, Chateau-Lafite, Champagne.»

El italiano después informa al viajero de que él está á su servicio personal, y que además puede disponer para otras ocupaciones, menos dignas, de árabes ó negros, según los casos.—Yo tengo una señora inglesa en la habitación contigua á la mía, que come de todo eso, bebe de todo eso, se sirve de todo eso, y pasa diez y ocho horas de las veinticuatro hablando mal del canal, del Egipto y del khedive.

#### XIV.

Tan rara fortuna como la que se me ha entrado por las puertas con la comisión científica española, me valió ayer asistir á la recepción especial del virey.

En efecto, á las once en punto de la mañana vinieron á nuestra puerta hermosos carruajes europeos, provistos de sus correspondientes genízaros, en los cuales marchamos de frac y corbata blanca al palacio de Addin, suntuosa actual residencia del soberano.

Ismail-pachá, que reina en Egipto desde fines de 1862, es un hombre joven todavía, pequeño de cuerpo, de anchas espaldas, barba castaña, casi rubia, mirada inteligente y condición exterior viril. Fuimos

conducidos á su presencia por el ministro Nubar-pachá, gran introductor, no ya de extranjeros, sino de la cultura europea en Egipto. El virey se hallaba en un gran salón que podía ser del palacio real de Madrid ó de las Tullerías de París. Alfombras, espejos, estatuas, sillones, todo era moderno y de industria occidental, aunque excesivamente cargado de oro y un poco *rococó*.

Ismail se adelantó á nuestro encuentro vestido con su traje ordinario de etiqueta: un redingote azul abotonado hasta el cuello, una chalina blanca y un gorro colorado. Diéonos la mano uno á uno con la mayor cortesía, y uno por uno fue hablándonos á todos en francés, muy acentuado aunque lento, remedando esas frases rebuscadas y pertinentes de los monarcas de Europa, que con el nombre de *bons-mots*, constituyen uno de los ramos más distinguidos del arte de reinar.—Un cuarto de hora después éramos despedidos por Nubar en la escalera del palacio, ofreciéndonos todo género de atenciones y toda suerte de felicidades para nuestra estancia en Egipto.

Ismail-pachá, de quien he de hablar más por extenso en otra ocasión, es el occidental más oriental que hay en Oriente. Este joven príncipe, que aparece á la cabeza del partido reformador de Turquía, que conoce y aprecia la Europa perfectamente, que se rodea de una corte casi extranjera, que varía la sucesión indirecta del bajalato y adopta por sucesor á su propio hijo, que rompe el istmo de Suez, que pone celos y cuidados al sultán de Constantinopla, que se hace khedive y que aspira á ser rey independiente,—este príncipe, digo, es, sin embargo, un príncipe oriental, un príncipe turco, casi un príncipe mahometano.

Ismail es desconfiado y receloso. Cuando mira entorna los ojos como si fuera miope; cuando habla presta una pausada atención, como si fuera sordo. Los que le conocen á fondo aseguran que ve muy bien y oye perfectamente; pero que se toma un poco de torpeza para contestar lo que quiere, y un poco de miopía para mejor observar la mirada y el fin de su interlocutor. Es duro y tenaz hasta el momento en que la prudencia le aconseja ceder: pide siempre mucho para contentarse luego con lo que es posible; ama á los suyos á la europea y desconfía de ellos mismos á la turca: su casa, que parece abierta para todo el mundo, es impenetrable en su interior; y por último, ese hijo de quien está prendado y que ha de sucederle, vive muy separado de él, como sus servidores, como sus amigos, como sus mujeres.

Se cuenta de Ismail que no come otros manjares que los que su propia madre le condimenta con sus manos; que no deja penetrar en su estancia á persona alguna ni en mucho espacio alrededor; que sus vestidos, especialmente la ropa blanca, no se confeccionan ni se lavan más que por una de sus esposas; y, en fin, que su vida, en apariencia tan libre, es una vida esclava por las preocupaciones, por los temores y tal vez por alguna fatalidad que él se figure pesando sobre su destino.

Cuando me desembarace de los muchos asuntos que en estos momentos me acosan, por dar cierto placer al lector interpolándole lo seco con lo jugoso, yo prometo explicar lo que estas razones significan; cuáles son las causas verosímiles de esos misteriosos acomodamientos; qué vida ha sido hasta ahora la vida de Egipto, y cuál es la forma de desenvolvimiento con que la civilización ha de presentarse nuevamente á sus puertas. Entonces veremos pasar por delante de nuestros ojos al viejo Mehemet-Alí, el gran impulsor de esa vida nueva de Egipto, y á su nieto Ismail-pachá, que parece el llamado á resolver, si no á constituir definitivamente, el problema social iniciado por su abuelo.

Ahora debemos contentarnos con saber que Ismail comparte con Lesseps la actividad europea para agasajar ostentosamente á sus huéspedes; que sale y entra de palacio en palacio para preparar digno alojamiento á la emperatriz de Francia, al emperador de Austria, al príncipe de Prusia, á los duques de Aosta, al emir Abdel-el-Kader, que viene de Siria, á las ilustraciones del mundo entero, que honran con su presencia su reino. Continuando la política hospitalaria de su antecesor Mohamed-Said, el cual escribía á sus lugartenientes cuando la comisión científica llegó á Egipto en 1854:—«Recibidlos como á testas coronadas, que ellos son las testas coronadas de la ciencia.»—Ismail pachá se figura que su corte se llena de reyes, y como á reyes ordena agasajarlos. ¿Cuántos millones gasta?—Hé aquí la pregunta que á la vez se están haciendo los periódicos ingleses, que presencian el devorar de empréstitos en su Bolsa, y los que disfrutamos de tanta riqueza individual y de tanta maravilla colectiva.

Un sólo rasgo del virey para comprender su actitud y su carácter.—Sabido es que desde el año pasado se ocupaba con el mayor ardor en adquirir compañías europeas de canto, declamación, baile y gimnasia, al propio tiempo que hacía construir un gran teatro y un gran circo con arreglo á los últimos adelantos del arte. El, seguía activa correspondencia con sus comisionados; se enteraba de las adquisiciones é instaba porque se mejorasen y ampliases hasta lo posible; presenciaba los trabajos dando su parecer sobre todas las cosas, en el sentido siempre de que fueran más bellas y más ricas, y hasta se propuso adquirir los trajes y

decoraciones de nuestro teatro Real, pertenecientes á un cantante, porque le habian dicho que eran superiores y del mejor efecto. Las compañías, las decoraciones, los trages, y casi podría decir los teatros enteros, están aquí: todo ello es bueno y deslumbrante, aunque como dije arriba, un poco *barrocó*. Lo único que no ha podido traer es la práctica de usar de todas estas cosas. Apenas se han dado quince funciones, y ya se ha prendido tres veces fuego en el teatro por escapes de gas é imprevisión de los servidores. El último incendio ha sido grande y estalló cuando se cantaba con gran aplauso el *Rigoletto* por Naudin y la Sarolta: el público, asustado, se precipitó á las salidas; los cantantes saltaron sobre los músicos y huyeron: sólo Ismail y los tres personajes que le acompañaban se lanzaron al tablado desde el primer instante, envueltos entre el humo y las llamas. Los bomberos acudieron en seguida; el gas se cortó y el desperfecto no fue grande; pero sin la presencia de ánimo del virey, que servía de estímulo á los demás, el teatro hubiera sido pasto de las llamas.

Refiero esto para probar que Ismail se porta como un empresario que tuviese grandísimo interés en la conservación y buena fama de su empresa; así como para hacer ver que es valiente y arrojado como pocos hombres.

El virey de Egipto no teme nada, sin duda, de la Europa: la mala estrella de su signo, las cavilaciones, los miedos y las cautelas deben referirse, y creo que no sin razón, al pueblo musulmán.—Día le llegará á esto.

#### XV.

Yo me embarqué en Puerto-Said, á bordo de un hermoso barco de vapor de gran potencia y ligereza, de los destinados á servir de remolcadores en el canal. Estas naves carecen de comodidades en su interior, porque su uso no reclama otra cosa; y como la jóven duquesa de Aosta quiso hacer esta misma travesía, Mr. de Lesseps mandó acondicionar la cámara lo mejor que se pudo, y los restantes quedamos bastante mal.

El viaje puede hacerse cómodamente en quince horas, y no se piensa que tarden más los trenes ordinarios; pero nosotros tardamos veinte y cuatro para que en Ismailia se verificase un almuerzo en el lindo palacio de Mr. de Lesseps. Salimos, pues, á la caída de la tarde, ó mejor dicho, entramos en el canal á esa hora, porque el embarque se verificó en el muelle nuevo del puerto á donde atracan los barcos como si fuesen lanchas.

Los 160 kilómetros de que consta el canal marítimo, están divididos así: 61 kilómetros desde Puerto-Said al lago Menzaleh, 14  $\frac{1}{2}$  desde este lago hasta la trinchera del Guirs, 8 al lago Timsah, ó sea á Ismailia, donde se media el camino próximamente: de Ismailia á Serapium 7, desde aquí á los lagos Amargos 5  $\frac{1}{4}$ , éstos lagos componen 40 kilómetros, y desde su salida hasta la trinchera de Chalouf hay 5, que con los 19  $\frac{1}{4}$  que median á Suez, componen los 160 de todo el trayecto.

El canal tiene hoy 100 metros de ancho en la mayor parte de su estension, y sobre 8 de profundidad; pero los trabajos constantes de draga, que no cesarán nunca, no sólo habrán de completar el ancho, sino que socavarán cada día el fondo hasta que el barco de mayor calado que pueda construirse, no encuentre obstáculo en su carrera. Hoy el ancho de las alturas no es más que de 58 metros, pues se comprende que habiendo de abrir á pico taludes inmensos para buscar el nivel de las aguas en el fondo de una montaña, se decidiera que el ancho de la vía fuese por allí lo indispensable y nada más para el buen servicio, dejando al tiempo y á los capitales que produzca el tráfico, la tarea de la terminación.

No sé si he dicho antes de ahora que el primer golpe de zapa se dió el 25 de abril de 1859. Repítolo por si acaso, para añadir que las alturas del Trocadero de París se nivelaron en cuatro meses con todos los elementos que la segunda ciudad del mundo posee para ejecutar obras públicas, y se tuvo por gran empresa de celeridad y acierto, no habiendo que mover más que 400,000 metros cúbicos de tierra. Pues bien: en el canal de Suez, en ese desierto donde no había ni refugio ni agua en 1859, se han movido en diez años 74 millones de metros cúbicos de arena y piedra. Este sólo dato da idea de la magnitud, nunca bastante encomiada, de la obra que voy analizando.

Pero he de apuntar aquí otro dato curioso que viene á pelo. La conformación social del Egipto, tanto antiguo como moderno, no ha permitido nunca que las grandes obras se verifiquen sin enormes y repetidas desgracias. El canal de Necos costó la vida á 80,000 hombres. En los tiempos modernos ha costado á 30,000 la apertura del canal dulce que ha unido el Nilo con Alejandría, bajo la dirección de los califas. Durante las obras del camino de hierro inglés, perecieron multitud de trabajadores por falta de agua, á pesar de cuantas provisiones se habian adoptado para evitar esta catástrofe horrenda. Pues bien, el canal de Suez puede abrirse, según Mr. Aubert-Roche, jefe de la sanidad del istmo, pronunciando Mr. de Lesseps estas palabras: «Yo no he sacrificado un solo hombre.»

En efecto: en el istmo no ha habido ninguna catástrofe.

A nuestra salida de Puerto-Said nos dejamos 150 barcos esperando el día 17 de noviembre; y nos dejamos además todos los grandes preparativos que se estaban haciendo para recibir dignamente á príncipes y convidados. Una sorpresa nos preparó Mr. de Lesseps, ó á él mismo se la prepararon sus subalternos, y fue encender los faros eléctricos que han de alumbrar la ensenada en esa célebre noche, cuyo fulgor, aunque de origen occidental, parece descubierto para luminarias de Oriente. La luz eléctrica es la digna luna de Egipto.

A uno y otro lado de los bordes del agua íbamos viendo que, como estacas telegráficas, los campesinos clavaban palos con una especie de corona superior. Eran los postes mandados colocar por el virey para que sirvan de luminarias durante el trayecto nocturno de la apertura. Y no es eso todo, sino que por firman solemne ha dispuesto el soberano que todas las gentes de su reino, coptos, nubios y armenios, judíos, mahometanos y árabes, acudan á los bordes del canal en los momentos del paso de la comitiva, para que resuene en tan solemne día, á la vista de la Europa asombrada, un ¡hurra! de 160 kilómetros de grito.

Este hurra, que de seguro no habrá escuchado nunca ni aun Alejandro despues de sus victorias, lo vá á escuchar y es principalmente dirigido á la emperatriz de Francia, nuestra compatriota Eugenia de Montijo, la que Mr. de Lesseps ha llamado «Isabel la Católica de otro nuevo mundo;» y vá dirigido también á Lesseps mismo, al que acarició desde niño una empresa que ha terminado ya viejo, al hombre infatigable y lleno de fe cristiana que escribía á Mr. Cobden, cuando Inglaterra echaba el resto de su poder en contra del canal: «Desengaños, caballero, yo me propongo *aperire terram et dare pacem gentibus*, que dijo el mismo Dios: yo no soy más que un instrumento de que se vale la Providencia para realizar un inmenso progreso. Todo lo que se haga en contra mia es perdido.»

Y añadia el dicho histórico de su país:

*Gesta Dei per francos.*

Hago aquí punto, señor director, por ahora. Estoy cansado y me queda mucho por decir sobre mi semana.

#### DERECHOS Y DEBERES DE LA MUJER (1).

¡Cuántas veces habreis oido hablar de nuestros derechos! ¡Cuántas, como yo, habreis oido sostener que los hombres, apoyados en su superioridad, han hecho las leyes á su antojo, dejando á la mujer en una inferioridad lamentable! No habreis dejado de tropezar de seguro con alguno de esos adalides del bello sexo que se revela contra las leyes y costumbres actuales, y declaman, cuando podemos oírlos, que las mujeres tienen los mismos derechos que el hombre; que la sociedad está envilecida porque no se los concede, y que al negárselos autoriza su rebelion.

Otros por el contrario, sostienen que todo adelanto intelectual de la mujer es un peligro social; que hablar de derechos de la mujer, es arrastrarla á su perdicion; que la felicidad doméstica está en la dependencia absoluta y ciega de ese ser en el cual razonar es un crimen; querer tener vida propia un desacato; y la espresion de un deseo una escandalosa usurpacion.

Pocos son los años que todavía cuento para emitir mi opinion sobre tan delicado asunto; pero si un espíritu de observacion profunda puede suplir en algun caso á la esperiencia, sirvame ahora de escudo para poder decir que, en mi humilde juicio, tan mal nos quieren los que intentan hacernos subir á la tribuna, como descendiendo hasta sufrir dócilmente la cadena del esclavo; tan mal los que sólo hablan de nuestros derechos, como los que sólo entienden de nuestros deberes. Derechos tiene la mujer, derechos santos, concedidos por la naturaleza creada por Dios, fielmente trasmitidos á través de los años de duda é ignorancia que nos precedieron, y razonablemente dilatados á medida que la ilustracion avanza. Deberes tiene tambien: deberes tan dulces que al dejar de cumplirlos se priva de las más caras afecciones, de las más íntimas delicias, de emociones tan puras y delicadas, que por su delicadeza misma debió Dios crearlas para la mujer ó la mujer para ellas.

Los derechos, como los deberes de la mujer, tienen su inmediata aplicacion dentro del hogar: allí están cifrados los de la esposa y la madre, allí tienen su aplicacion los deberes; y darle los medios de que los cumpla y los cumpla bien, debe ser interés del hombre. Pocas son las que más allá de la esfera doméstica llevan los privilegios de su valer; la que fuera de ella puede ostentarlo con ventaja, merece la consideracion del esfuerzo realizado, del entendimiento superior; sin

(1) Por la elevada cuestion moral y social que encierra, así como por su saludable doctrina y el recto criterio con que sabe desenvolverse su ilustrada autora, publicamos con verdadera satisfaccion este interesante artículo de la señorita doña Joaquina G. Balmaseda, tan ventajosamente conocida en la república literaria. Fue leído en la última conferencia dominical del Ateneo de señoras.

que por esto adquiriera los derechos que la energía la fuerza, la naturaleza misma en suma, concedió al hombre.

Pasaron los años en que una educacion viciosa hacia de cada mujer un autómeta, que sin voluntad propia, era la niña tímida ó la niña mojugata, retratadas tan admirablemente por el primero de nuestros dramáticos modernos, por el gran Moratin; hoy, por el contrario, no se considera un peligro que la mujer aprenda, lea, y discuta; pero no se cuida de ilustrar su razon en el terreno del buen sentido, no se la enseña á someter sus acciones á su razon, ni á emplear con acierto sus facultades, ni se la hace comprender su verdadera significacion y destino. En otro tiempo se la tiranizaba sin otorgarle voluntad propia; hoy se la deja la responsabilidad de sus actos, sin enseñarla á cumplirlos. ¿Cómo atreverse á condenarla el día que no los cumpla bien? Fuerza es que la mujer, con la ilustracion que necesita quien vive en una sociedad más aturrida que perversa, más superficial que corrompida, tenga el exacto cumplimiento de sus deberes, la conciencia de sus actos, y apoyada en ella busque el bien con el convencimiento de lo que es el mal y atendiendo siempre al término; que á uno van todas las acciones buenas ó malas, rectas ó torcidas de nuestra vida.

Quereis que como en otro tiempo la mujer tenga una limitada inteligencia, no porque la naturaleza se la negara, que pródiga estuvo por fortuna en este terreno con la mujer, y aun los detractores de nuestro sexo no han podido negarla una sagacidad, una viveza de comprension, con la que en vano procuran rivalizar el entendimiento claro, el estudio perseverante del hombre; sino porque viendo en cada libro un peligro, en cada papel escrito por ella un motivo de perdicion, se la daba voluntad para no querer, inteligencia para no pensar, personalidad para destruirla y pies para no moverse. En este estado la educacion de la mujer, era no un bien, una necesidad quitarle todos los medios de accion, tenerla sujeta como se tiene al niño que no sabiendo andar, aun corre peligro de estrellarse al intentar el primer paso. Desde aquella época, por fortuna, la mujer ha ganado mucho en instruccion, demasiado tal vez en desenvoltura; pero esto es consecuencia natural de la anterior exageracion: madres que, educadas en la época á que antes me refiero, en esa época en que la mujer no dejaba de recibir cartas de amor, sino que las escondia entre el Kempis en vez de esconderlas entre los Miserables, y escribía sin ortografía en vez de escribir con ella; madres educadas entonces y oyendo á entendimientos ilustrados declamar contra aquel vicioso sistema, han querido esforzar el entendimiento de sus hijas con una ilustracion superficial en vez de sólida, han puesto en sus manos obras en que la filosofía más avanzada va envuelta entre las ficciones de la novela, se ha quedado atónita al verla discutir y sostener teorías cuya existencia no habia ella sospechado siquiera; y esto ha producido la natural perturbacion; la perturbacion de todo gran adelanto social; la revolucion que empieza destruyendo para regenerar despues. Hé aquí esplicadas las razones de por qué hoy confunden los derechos y los deberes de la mujer; hé aquí por qué no nos entendemos en tan delicado asunto, por qué mientras los reformadores la quieren libre hasta la escentricidad, los que no lo son la quieren esclava; dividiéndose ellas mismas en estas dos escuelas, y sin conciencia unas y otras de su verdadera situacion, está la superioridad del lado de la fuerza ahora que más que nunca se proclama el derecho de la razon.

En un buen medio está la virtud, dice el adagio: en un buen medio está la verdadera mision de la mujer; mision llena de dulces impresiones cuando se saben buscar; mision tan importante como la del hombre en la sociedad. Sin la raíz que fructifica debajo de tierra, el árbol no estenderia sus ramas ni se cubriría de hojas y frutos; sin el trabajo de la madre dentro del hogar, el hombre no llegaria á los altos destinos á que está llamado. No habéis, pues, de vuestros derechos, no los reclameis, tened entendimiento para producirlos y vuestra misma capacidad os asegurará los vuestros. Haced el bien por egoismo, por el bien que de él ha de resultaros, observad mucho, someted vuestros actos á vuestra razon; convenceos de que sois unos seres libres, pero responsables, y de este modo, sin reclamar vuestros derechos los adquirireis cumpliendo vuestros deberes. No intenteis nunca usurpar los derechos del hombre; tendríais que cederle los vuestros, y todos los aplausos de un parlamento, todos los honores de una poltrona ministerial no valen la sonrisa de vuestro hijo cuando al despertar os tiende sus brazos, ni el placer de endulzar al compañero de vuestra vida las amarguras que esa misma vida pública le cuesta. Instruíos, instruíos cuanto podais, pero siempre dejando que el espíritu guie al corazon; siempre buscando en esa instruccion misma el medio de ser útil á los que os rodean para que os tengan que querer, por gratitud; que respetar, por conciencia; que bendecir, por el bienestar que vuestro cariño les proporciona. Estudiad el carácter del compañero de vuestra vida, buscad en vuestra dulzura el medio para desarmar su cólera, para corregir sus faltas; tratad de

persuadir con esa lógica hija del cariño y de una ilustrada razón; pero si no conseguís persuadir, no queráis imponer de otro modo vuestra voluntad: cada individuo tiene su personalidad dentro de la familia, y el sentimiento de ella se despierta más vivo cuanto es mayor la dureza con que se le quiere arrebatar. *Llamadas estais á unir, no dividais*, nos dijo en el discurso de inauguración de este Ateneo, el ilustrado rector de la Universidad don Fernando de Castro. Yo además os digo: lo que no conseguís por la persuasión, no lo alcanzareis nunca por la fuerza. En este terreno es en el único que hizo Dios á la mujer inferior, y como desde nuestra madre Eva la humanidad va siempre por el camino que le está vedado, la mayor parte de las mujeres quieren dominar por la fuerza, que es la única cualidad negativa que poseen; y cuyo error dá al traste con el reposo de las familias. Llenad vuestros deberes apoyadas en vuestra conciencia y la dulzura os otorgará todos vuestros derechos sin exigirlos, sin que el hombre de más saber sospeche que los disfrutáis. La que sabe mantener la paz de su hogar, la que en vez de abatirse ó acriminar al hombre en sus desaciertos, le anima y ayuda á combatirlos, la que en vez de tiranizar al hijo le enseña desde sus primeros años á ser responsable de sus actos levantando su espíritu y formando su corazón para los grandes destinos, para las terribles pruebas que pueden combatir su existencia, no anteponiendo nunca su personalidad y su egoísmo, esa será la mujer que comprenda en realidad sus deberes y habrá conquistado sus derechos en la familia y en la sociedad. Los demás derechos de que os hablan los ilusos y los filósofos, no se ajustan siempre á las condiciones de cada individuo; la conciencia de los deberes se arranca de la vida práctica, de las situaciones especiales de cada familia, y creedme, el modo de cumplirlos se refleja en el bienestar de cada una.

No es la familia más afortunada la que posea mayores intereses, sino aquella más rica de paz y de cariño, y esta riqueza, la más preciada, la que Dios concedió por igual al pobre y al rico; la que difícilmente se recobra si una vez se pierde, está en la mano de la mujer prudente. La paz de cada familia es el blason de gloria de la mujer que la gobierna.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

## A LOS TOROS.—EN LOS TOROS.—TRAS LOS TOROS.

### I.

#### A LOS TOROS.

Vente conmigo, Dolores, vente á los toros. Ya que no te diviertan mi plática ni mi compañía, yo te llevaré á donde el corazón te palpita, ese corazoncito para mí tan frío, que despues de tres horas de estarle echando

requiebros, ternezas y suspiros, sigue con su tic-tac; tic-tac, tan acompasado, como el más veterano reloj de cuco.

Vente á los toros, morena: ¿Tú nunca has visto toros? ¿Muchos? Sí, chiquilla, pero yo hablo ahora de toros en plaza, porque lo que es fuera de ella, ya sé yo que se vé en todas partes muchísima cornamenta.

lo ménos estén abiertas las tabernas, y francas las puertas del noble circo tauromáquico.

¿Qué andas ahí mascullando y delectando ese cartel, muchacha? Tráele acá, y verás como le leo yo de corrido, y te le voy poniendo notas de pasada.

«Con permiso de la autoridad...» Pues por supuesto; y si no, que pruebe la autoridad á «no permitir»

las corridas de toros: la sangre me hierve sólo de imaginarlo. Que nos prohiban, si quieren, hasta el resollar; ¿pero los toros?... ¡ya, ya!

«Con permiso de la autoridad, y si el tiempo no lo impide.» Esto es lo triste: que para las corridas de toros siempre anda uno con el recelo del «tiempo», aunque nunca se le ocurra el pensar en la eternidad.

«Se lidiarán seis toros de la «acreditada» ganadería del señor don Joaquin Perez de la Concha, de Sevilla.»

Parece que te hace titere eso de ganadería «acreditada.»

Para que lo entiendas, pimpollo: eso quiere decir, que esa ganadería se compone de una familia que tiene «crédito» ó fama, porque viene de padres á hijos ensangrentando los pinchos en hombres y caballos.

Hay extranjeros bárbaros que crían lo más que pueden, de hombres, caballos y toros, para que todos sean útiles al país: nosotros dejamos á los hombres y á los caballos que nazcan como puedan, y se crien como Dios les dé á entender; pero lo que es los toros, los eriamos con mucho esmero, y los educamos de manera que se inclinen á matar el mayor número posible de hombres y de caballos.

Verdad es que estos últimos, cuando espichan en la plaza, suelen haber prestado ya buenos servicios. Es una especie de jubilación que les concedemos; Dios nos libre de que por económico adopte el sistema la Junta de clases pasivas. Siga el cartel:

«Matadores.»—Estos, Lola, son los que se han llamado toda la vida «espadas» en la tierra de los garbanzos: pero has de saber que los franceses, maestros de España en todo, hasta en el hablar castellano, y que de la lidia de toros entienden mucho,

han dado en llamar á nuestros espadas «matadors», y de allí lo hemos tomado nosotros.

Y en verdad que me suena mejor; porque en efecto, al que tiene el matar por oficio (¡oficio ilustre!) es mayor propiedad de lenguaje denominarle matador. Mi único miedo es que se vaya extendiendo este nombre á todo el que tiene por oficio el derramar sangre.

En fin, lo que importa para nuestro cuento es que los que matarán hoy, si no los matan antes á ellos, son José Ponce, de Cádiz, para que se vea que es falso aquel antiguo refrán que dice: «no hay Ponce que no sea de Leon,» y Rafael Molina: «Lagartijo:» no vayas tú á creer, prenda mía, que es un cognomento de su alcurnia, no, no es eso: es un sobre-nombre, un apodo, un mote, á la manera que los usa toda la gente de la profesión; y que todos ellos suelen ser, como diría don Quijote, altos, sonoros, músicos y significativos. Sirvan de ejemplo: «No-te-veas,» «el Tato,» «Desperdicios,» «Cúchares.»

Los picadores de hoy no tienen mote, ó á lo ménos



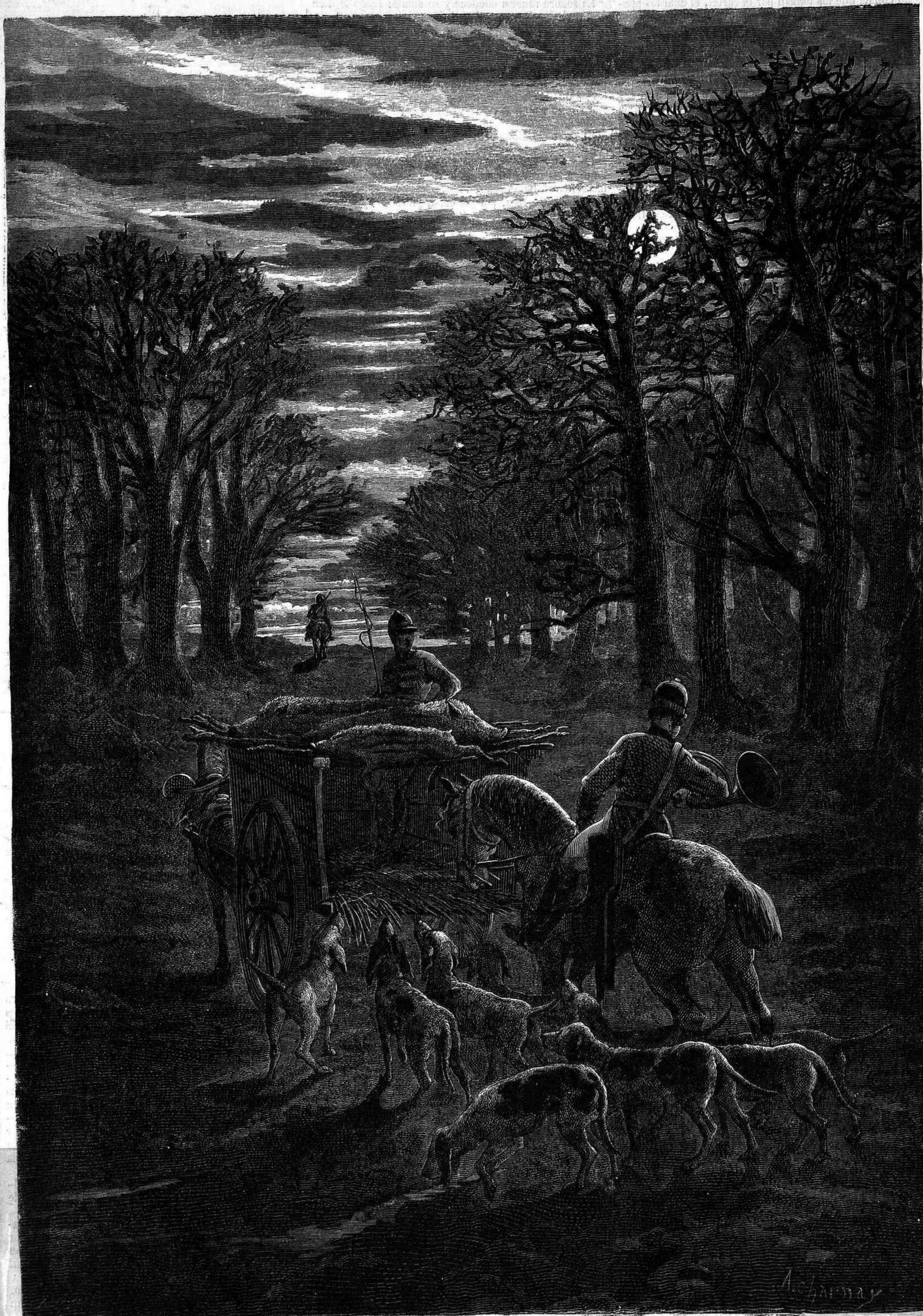
TIPOS DE CASTILLA LA VIEJA.—UNA CHURRA EN TRAGE DE FIESTA YENDO AL BAILE.

Te pregunto si has visto toros «corridos:» y no esas bestias cornudas «que no se corren» de serlo ni de ninguna otra cosa de este mundo; de esas ya sé yo que las habrás visto á manadas, aunque no hace todavía 17 años que tu madre dijo dando un chillido: «Ahí vá ese pedazo de cielo.»

Pero me alegro de ser yo el primero que te lleve á ver toros; y ¡ojalá que también sea el primero en otras muchísimas cosas!

Aquí tienes el cartel de hoy, que está diciendo comedme. ¡Famosa corrida va á ser esta que se dá en la célebre plaza de Cádiz, hoy domingo 17 de mayo del año de nuestra Redención 1868!

Y me alegro de que sea en domingo, ¡cáspita! á mí me gusta como buen español santificar las fiestas, ¿y qué mejor modo de santificarlas que el ir á ver si se quedan en el redondel media docena de cristianos, amen de los toros asesinados, y de los despanzurrados rocines? Ya que en domingo hay que cerrar por fuerza las escuelas y las librerías, consolémonos con que á



EL REGRESO DE UNA CACERIA. (TOMADO DE UN DIBUJO DE Mr. PASSAGE).

no consta que los tengan por el cartel, el cual los presenta como caballeros noveles sin empresa en el escudo. Por ahora no se llaman más que Manuel Gallardo, orgullo del Puerto de Santa María, Enrique Sanchez, héroe de Vejer. ¡Dichosas poblaciones que tales hombres producen! ¡Dichosas madres, que tales paren hijos! Demos igual enhorabuena á Madrid que produjo un José Marqueti, y Alcalá de «Guadaira,» en cuyo recinto vió la luz Antonio Calderon. ¿Quién sabe si la corrida de hoy será la que imponga el sobre nombre á estos cuatro nombres esplendentes? Supongamos que dentro de una hora veas con tus lindos ojos á Gallardo con seis castillas rotas, lo cual no aumentaría gran cosa su gallardía, á Sanchez con un ojo ménos, á Calderon con las narices en compota, y á Marqueti perniquebrado; pronto verías que tomaban los apodos de «descostillado,» «ojo-escuro,» «calavera,» y «coji-tranco,» ú otros semejantes.

Pero ¿qué es eso, niña? ¡parece que te has quedado demudada, y cari-antecida!

¿Tienes miedo, ó no te gusta el ver á un pobrete así... descabalado por via de diversion? Pues si eres tan para poco, Lolita, si tienes compasion y entrañas, disimula y que no te lo conozcan, porque se burlarán de tí; y sobre todo te llamarán «mala española;» y te dirán que allá en «extrangis» se hacen mayores barbaridades, lo cual no deja de ser una buena disculpa de las nuestras.

Además, la diversion está en eso; y aun hay á quien no le basta, como ya lo ha previsto el cartel; y si no, mira lo que dice: que además de los cuatro susodichos picadores habrá «un reserva...» «No pudiendo exigirse más, en el «desgraciado caso de que estos se inutilicen.» Luego es de presumir que despues de haber visto «inutilizarse» cinco pobres, el público pediría otros más que pudieran irse inutilizando. ¡Magnífico!

Que me vengan á mí á decir que no es sublime, grandioso, y culto un espectáculo donde se presume cosa muy posible un desgraciado caso, y se llama así el que queden cinco hombres inservibles.

Pero van á dar las cuatro. Vámonos, chiquita, vámonos corriendo: y no mires á los toros con ese aire gachoncillo que tú sueles, porque entonces se ahorran el trabajo los matadores; y tápate esos corales que tienes por labios, mira que los toritos se enfurecen con «lo colorao.»

Vámonos, nena, á ver qué tal ponen los rehiletos Nicolás Baro, de Chiclana; Francisco Diaz, de Cádiz; Benito Garrido Villaviciosa, de Madrid, y por último José Amaya, Juan Yust, y José Gomez, el Gallito, nacidos todos tres á la sombra de la Giralda.

Vamos, serafín; no te mires más al espejo, ni te recompongas esas rosas, que se hace tarde. Oye como van gritando por esas calles: «¡A los toros! ¡A los toros!»

## II.

## EN LOS TOROS.

Anda, Lola, date prisa, que ya me parece que está en la plaza el primer toro.

—¿Y por qué dan tantas voces? ¿Habrán muerto ya «algunos?»

—No, hijita, no: al contrario, es que los espectadores quieren probar que «ellos» están todos vivos. Además, todos llaman al toro, cada cual desde su asiento, con gran denuedo y valentía, sin duda porque saben que el toro no ha de venir. Además, los que están cerca de la barrera, dan enormes garrotazos sobre las tablas, como en demostracion de las heroicas hazañas de que serian capaces si salieran á la arena. Además, todos hacen en desmesuradas y tremendas voces la crítica de la suerte; con lo cual si hubiera en la plaza seis ó siete mil taquígrafos, podrían salir ya hechos seis ó siete mil folletines de toros, aunque bien necesitados de pasar á la comision de correccion de estilo. Además todos dan lecciones á los toreros, y les advierten lo que deben hacer. Nuevo ejemplo de la distancia que hay de la teoría á la práctica, sobre todo en materia de «bellas artes.»

—¡Ay! señor Jozelico, yo no entiendo una palabra de «tío» eso que me está uzté diciendo.

—Calla, bobalicona, si esto no es para tí, sino para el curioso lector. Vaya, chica, cuélate por esa puerta...

—¡Ay qué balcon tan largo!

—Pues allá á lo último están nuestros sillones...

—Jezú, ¿cómo nos mira toítica la gente! ¿Y esa rechiffa es á nosotros?

—No lo estrañaría, hija, porque aquí se le da una silba aunque sea al lucero del alba; y como tú eres tambien un lucero, puedes seguir el ejemplo del otro, que es no hacer maldito el caso. Pero no es á nosotros, que es á esta pareja que viene detrás.

—Ze conoce que no han comió las primeras zopas en España.

Una voz del tendido.—Vaya usía con Dios, señor milor y la compañía, y déle usté memorias al velo verde de la señora.

La señora inglesa.—What is the matter, William?

El señor inglés.—Nothing at all: all right. Set down here.

La señora inglesa obedece y se sienta: luego le dice á su vecina:—Buenos «tías seniora.»

Lola (contestando): Buenaz tardes, madamita, que yo ya he comio.

Otra voz del tendido (dirigiéndose á Ponce).—Camararía, si usté no lo mata en esta semana, aquí detrás hay un milorcito que lo despachará de un par de trompis.

El inglés á su vecino.—¿Que está esto «tesir» esto senior?

El vecino.—Monsieur, je sus français, je ne parle pas un mot d'espagnol.

Lola.—¡Ay Jozelico! ¿Por qué ponen los de aquel tendido los pañuelos en los bastones, y los menean como si fueran banderolas?

Don José.—Hija, porque están pidiendo que le toquen la trompeta al señor Ponce.

Lola.—¡La trompeta! ¡Pues qué! ¿No hay aquí ya bastante estruendo?

Don José.—Es que tienen prisa de ver morir á alguien, ya sea el susodicho espada, ó ya el torito negro. Y es una de las cosas más divertidas de esta funcion, cuando un torero y un toro se pasan dos horas sin saber quién torea á quien, y toreando los dos al público.

Lola.—¡Ay! ¡miré uzté qué furiosos ze ponen los trompeteros!

Algunos del tendido que lo oyen.—Tiene razon la niña de las rosas blancas: callaos, trompeteros, bárbaros, salvajes... (Los demás epítetos y las interjecciones se suprimen en este escrito, porque los españoles tenemos más pudor en los ojos que en los oídos.)

Lola.—¡Ay, Dios mio, qué alboroto!

Don José.—Chiquilla, si es que aplauden á Ponce porque ha matado al toro de una famosa estocada.

Lola.—Y ezez probrecitoz caballoz muertos, con toitas las tripas de fuera!

Don José.—Lola, no hagas remilgos; pues si eso es lo más bonito que hay aquí.

La inglesa.—¡Disgusting!

Uno del tendido.—¡Ay de mí! que doña Lady se disgusta.

El inglés.—Uisté, senior ¿por qué mira á esta muher mia?

El del tendido.—Porque me «sosprende» de verla aquí, cuando me creí que se «mus» habia quedao en el retablo que hay en mi lugar.

El inglés.—Yo entiendo á uisté muy bien, senior.

El otro.—Pues yo no le entiendo á usté ni quiero. (Le vuelve la espalda.)

La inglesa.—I say, William, let us go. (Vanse los ingleses gruñendo, en su lengua por supuesto, como es uso y costumbre de todo el que gruñe.)

Lola.—Ya se van los pobres «abroncaoz.» Pero, Jozelico, aquí tío el mundo ze pelea con tío el mundo. Ezte otro frances ze conoce que no habla porque no ze metan con él: pero eztá pazando unoz trazadores! ¡Ay, ay! ¿qué ez lo que paza ayí enfrente?

Don José.—Nada, hija, que aunque hace sol, llueven bofetones.

—Ya acuden los civiles.

—Que es la medicina de los civilizados.

Aullido general.—¡Aaaaay!

¿Qué es ello? Nada! que el tercer toro le ha hecho á Ponce besar la tierra devotamente; y Lagartijo con una destreza y valor dignos de mejor causa, se le planta delante encubriendo á su compañero con la capa estendida. Pero al fin, como este duelo es á muerte, el toro no logró matar á Ponce. Ponce acabó por matar al toro; así como Lagartijo mató el segundo, el cuarto y el sexto, y el mismo Ponce mató el quinto, sin acordarse de aquel otro quinto que es no matar...

Y los susodichos seis nobles, valientes é inocentes animales, viéndose provocados con terquedad á la lid, acometian francamente al enemigo que los recibia con el «engaño,» encubriendo debajo de él, ú ocultando detrás de la espalda el arma traidora con que los habia de herir. Y rendidas las fuerzas del bravo animal, caia en tierra postrado, pero con la cabeza erguida todavía, hasta que un puñal alevoso, venia tambien por detrás, taimada y astutamente á darle el último golpe! ¡Qué escena tan bella! ¡Qué imagen tan poética del «verdadero» valor! ¡Y á esta sublime escuela llevamos nosotros á nuestros hijos, á nuestras hijas, y á nuestras mujeres!

La pobre y cándida Lola estaba asustada, estremejada, convulsa, y al mismo tiempo con el estómago levantado de ver aquellos esqueletos de caballos aguijoneados al combate y sirviendo de escudo al picador, el cual (en la moderna escuela) ha descubierto que es más sencillo presentar al toro la barriga de su jamelgo que la punta de la pica; viendo las tripas por el suelo, pisoteadas por los desgraciados heridos; viendo la sangre regar la tierra, enrojecer los cuerpos de los pobres animales, y manchar los trages de los engalanados lidiadores.

¡Pobre Lola! Cuando salió de la plaza, anhelante y llorosa, preguntó á su compañero: ¿Y siempre es así?

No, hija mia, (respondió él), otros dias es muchísimo peor; pero en fin, ya has tomado una idea de lo que pasa «en los toros.»

## III.

## TRAS LOS TOROS.

¿Y qué es lo que se ve despues de los toros? ¡Ah! triste es pensarlo: pero es más triste todavía lo que no se ve.

«Se ve» una poblacion entera que sale en un estado de agitacion febril producida por las emociones fuertes, por el calor de la pasion, por el desprecio de toda circunspeccion y miramiento, precisamente en aquella situacion de ánimo que todo hombre culto debe evitar por sistema, y del cual debieran apartar á la muchedumbre los que rigen á los pueblos.

«No se ve» la huella que dejan en el hombre, sobre todo en el hombre de educacion escasa, semejantes impresiones; cómo se acostumbra insensiblemente á la crueldad con los animales, al inhumano espectáculo de la sangre y de la muerte; cómo se confunden en su mente la idea del valor verdadero, útil y generoso, con la del atrevimiento pérfido, astuto y traicionero; cómo se forma el hábito de la exaltacion feroz y destemplada, de la grosería en el lenguaje, de la descompostura en las acciones, de la falta de respeto á la autoridad constituida, y á una reunion pública, que tambien es autoridad.

«Se ve» una gran cantidad de dinero gastado en una diversion inculta.

«No se ve» tal y cual pequeña suma distraida con tan ruin objeto del sosten de una familia miserable, las cuales sumas forman la mayor parte de aquel total.

«Se ve,» en fin, cómo se arraigan y perpetúan las malas costumbres.

«No se ve» cuándo ni cómo llegará á desterrarse tan bárbaro espectáculo, incompatible de todo punto con la civilizacion y cultura del pueblo.

¡Y no sólo «no se ve» todavía el remedio, sino que ni se columbra siquiera la esperanza!

SIGMA.

## TIPOS DE CASTILLA LA VIEJA.

## UNA CHURRA EN TRAGE DE FIESTA, YENDO AL BAILE.

Pocas naciones hay en Europa que puedan competir con la nuestra en la variedad de trages y costumbres. Aquellas y estas son casi iguales en todos los grandes centros donde la civilizacion y el trato frecuente con los extranjeros han introducido la monótona uniformidad de las naciones setentrionales; pero en las comarcas que por circunstancias particulares no han experimentado semejante influjo, la variedad y el carácter local se conservan todavía, de suerte que pueden hallar originales tipos para sus descripciones la pluma del poeta y novelista, así como el lápiz del dibujante.

Situados en los confines de la provincia de Segovia con la de Valladolid hay ciertos pueblecitos conocidos con el nombre de *Churrería*. En ellos, sin duda por la escasa comunicacion que tienen, se conservan muy arraigados los trages y costumbres de los abuelos. El estudio de estas variedades locales es sumamente curioso y recreativo, dando una aproximada idea de la multitud de razas y civilizaciones que han venido en distintas épocas para fundirse y unificarse en la Península.

El correspondiente grabado, copia exacta de una aldeana de Olombrada, partido de Cuéllar, nos dá completa idea del pintoresco trage usado por las mujeres del pais. La moza ó soltera lleva en los dias festivos montera de terciopelo negro, con adornos de plata, oro y sedas de colores: estas monteras tienen por ambos lados unas bellotitas que se llaman *los apóstoles*. El cuerpo ó chaquetilla es negro tambien y adornado con galones de oro ó plata y lazos de varios colores: llevan al cuello una cruz oculta por muchos collares de varios tamaños y una gran sarta de medallas. Los manteos generalmente son encarnados, con tiranas ó franjas negras y oro, siendo de advertir que debajo llevan otros cinco ó seis de diversos y vivos colores. La media es blanca y el zapato negro, con lazo de igual color formando moño hácia la punta del pie. Usan este trage sólo para los bailes de dias festivos: cuando van á la iglesia, se cubren con mantilla y manto oscuro.

Las casadas se diferencian exteriormente de las solteras, en que llevan una toca de tela blanca debajo de la montera, y las medias son encarnadas.

El trage del mozo es todo pardo, con botones de plata: la faja y pañuelo de la cabeza son por lo regular encarnados, con distintos adornos: llevan un cinto con un mote ó letrero bordado en colores, y no gastan sombrero hasta que se casan.

En los ancianos aun se conserva el colete antiguo. Es de advertir, que casi todos los géneros usados en esta comarca son tejidos por sus naturales.

En otros números presentaremos tipos y escenas de costumbres de diversas provincias.

## EL REGRESO DE UNA CACERIA.

(TOMADO DE UN DIBUJO DE MR. PASSAGE).

Existe en varias comarcas, y muy particularmente en la antigua Borgoña, la costumbre de reunirse cazadores y perros al oscurecer para dar batidas nocturnas á los muchos jabalíes que tanto daño hacen en los sembrados de trigo y avena, así como en las viñas.

Parecerá extraño que los cazadores del país escojan las horas de tinieblas para luchar con estos salvajes hijos de los bosques y darles muerte; pero fácilmente se comprenderá la causa, manifestando que el jabalí, durante la noche, no se espanta de los tiros, pues tal vez los confunde con truenos y relámpagos. Cuando la bala no logra herirle, dá algunos saltos, escucha un momento inmóvil, y vuelve á comer ó á echarse tranquilamente. Para esto es preciso que el cazador se halle bien situado; es decir, con viento contrario al de la fiera; pues de otra suerte, aunque el cazador permanezca inmóvil y mudo como una roca, el jabalí huye apresuradamente y sólo se detiene despues de haber recorrido una enorme distancia.

Conviene mucho, y siempre se advierte á los neófitos en el ejercicio venatorio, que no se fien demasiado al ver tendido á un jabalí de un balazo y casi sin movimiento; pues á muchos ha costado demasiado cara la falta de precaucion y el aproximarse indiscretamente: el jabalí es animal de gran vigor y de mucha resistencia: despues de juzgársele muerto, suele incorporarse convulsivamente y dar saltos prodigiosos; por lo cual se debe cargar pronto el arma despues de haberle herido, permanecer á la defensiva y no acercarse sino con grandes precauciones.

El grabado correspondiente representa la vuelta de los cazadores de una de estas escursiones cuando apenas empieza á rayar el alba. Sobre unas estacas atravesadas y fijas en las paredes del carro traen las piezas muertas durante la batida nocturna. Uno de los ginetes vá delante como explorador y el otro se dispone á anunciar con alegres sonatas el feliz regreso de la partida para que salgan á recibirles la familia y amigos con quienes van á partir sus trofeos. Sólomente la piel de un jabalí muerto hace poco, pesó 15 kilogramos, y todo él 153; encontrándole entre cuero y carne al desollarlo una antigua bala que no habia pasado de allí, y muchos gruesos perdigones.

## DISTRAER EL OCIO.

Puede en calma estar el viento;  
pero nunca están en calma,  
en las borrascas del alma,  
las olas del pensamiento.

A. R.

Créeme, lector ó lectora amiga (si tuviese la dicha de ser leído por alguna), que me encuentro totalmente aburrido, teniendo á mi disposicion un tiempo precioso.

Y á la verdad, no sé en qué invertirlo.

En vano se afana mi imaginacion por ver si algun objeto me distrae; todo me aburre en el sepulcral silencio que misteriosamente me rodea.

Trato de ver si alguna cosa llama mi atencion, pero inútil es mi intento en situacion tan crítica.

Sin embargo, apelando á un buen libro, quizás pueda ver realizados mis deseos.

En efecto, saco de mi humilde biblioteca, si tal puede calificarse á un sencillo estante en que se encuentran algunas obras de nuestros autores contemporáneos, y comienzo la lectura de una novela de costumbres.

Despues de haber recorrido mi vista bastante número de sus páginas amenas y encantadoras creció mi júbilo por haber podido desterrar de mí el aburrimiento en que me encontraba, atraído con la lectura de tan precioso libro.

Desde que tuve el gusto, mejor dicho, el raro capricho de cogerle en mis manos, mi imaginacion se distrajo, mi espíritu yerto revivia, y mi corazon como encogido hasta entonces, empezó á sentir el vivo fuego de una pasion.

No era otra que la de saber el trágico fin de la protagonista de la novela cuya lectura no pude continuar por impedírmelo el tranquilo sueño, precursor infatigable del cansancio y del hastío.

Trataba de hacerlo, cuando la misteriosa voz del sereno del barrio, que anunciaba las doce de la noche que acababan de dar, y cuyos últimos acentos se confundian con los latidos del relóx de la parroquia, vinieron á turbar instantáneamente mi continuada lectura.

Entonces mi imaginacion se entregó como por encanto á esos recuerdos imperecederos que dejan señalada huella en el corazon del hombre.

Y me puse á reflexionar.

## I.

Es una noche serena, apacible.

¡Qué bello está el mar que besa la dorada arena de la playa de Cádiz!...

¡Y qué magnífico está el cielo que me cobija en estas horas de feliz reposo!...

Una fresca y halagadora brisa orea mi sien, y corre misteriosamente la playa donde estoy sentado.

Los gallardetes de los buques surtos en el puerto ondean ahora en el aire impelidos por un leve soplo de viento.

¡Cádiz!... ¡Cádiz!... yo te saludo, ciudad insigne, cuna de hombres ilustres y amparo de la libertad, sobre cuyos muros se disparó el primer cañonazo anunciando al mundo entero la aurora de un día venturoso para nuestra patria, el de la redencion que tanto anhelábamos. Sí, yo te saludo, y no con el cariño del viajero que émulo de curiosidad se hospeda entre tus muros para admirarte, no; mi saludo es más íntimo aun, es el saludo entusiasta de un hermano que jamás te olvidará.

¡Aun recuerdo aquellos momentos de inefable alegría para mi alma, que sospecho no habrán de volver jamás!

.....

El blanco que llenan estos puntos, tenía destinado para describir una por una las impresiones allí recibidas; pero su sólo memoria allije mi corazon, haciendo enmudecer mi lengua, y no quiero evocarlas.

## II.

Si, inútil es evocarlas, pues al considerar que nunca han de volver, mi alma se resiste por creerlas imperecederas.

Sin embargo, ellas son un lenitivo que mitiga mi afliccion en las horas de angustia, y quiero consolar-me, porque sin recuerdos, seria el hombre una planta parásita sin flores ni perfumes, un campo sin plantas ni verdura.

## III.

Cuando mas se preocupa la imaginacion del hombre sin duda es en la soledad.

Entonces viene á apoderarse de él (si los ha tenido) la historia de sus amores, es decir, de aquellas escenas porque ha pasado y de que ha sido víctima, cuando la fugaz ilusion que se cierne en su mente con aparatos de realidad en sus primeros albores, y que mas tarde viene á evaporarse lentamente como el humo que despide una hoguera y que arrebató el viento.

¡Dichosos de aquellos á quienes la suerte proteja en estas contiendas!...

¡Desgraciado de mí, que cuando más en vigor se mostraba mi corazon, anheloso de lograr el amor de mi adorada, viene la muerte con su aterradora mano y me la arrebató del mundo para remontarla al cielo!...

Y aquí no puedo continuar sin esclamar con el poeta:

¿Dó están los gratos días  
que corrieran al lado de mi amada?...  
¿Dónde escuchar las dulces melodías  
de su voz argentina y delicada?  
¿Dónde se fueron las tranquilas horas,  
los hermosos momentos  
en que admiré sus gracias seductoras,  
en que alegré mis tristes pensamientos?...  
¿Dónde huyeron las noches apacibles,  
las noches venturosas,  
noches de santo amor indescriptibles,  
noches, ¡ay! deleitosas?  
¿Dó se hundieron las tardes placenteras  
de mi dicha fugaz? ¿Dó las auroras  
plácidas, lisonjeras,  
de mi paz y mi calma bienhechoras?  
¿En el antro profundo del olvido  
duermen el sueño eterno del pasado!  
¡Dulces recuerdos de mi bien perdido!  
¡Tristes memorias de mi bien amado!

## IV.

## EPILOGO.

He conseguido lo que intenté en mi primera parte: la narracion de este pensamiento dió motivo de abandono á mi ociosidad, y al trasladarlo hoy á las columnas de EL MUSEO, lo hago con el fin de lograr no se apodere de sus lectores, y por si pudiese entretenerles su lectura, como á su autor le entretuvo la de la novela.

JUAN BAUTISTA CÁMARA.

## EMBARQUE DE VOLUNTARIOS

PARA CUBA EN EL PUERTO DE CÁDIZ.

## DESPEDIDA DE FAMILIA.

A pesar de las muchas desgracias que durante largos años han oprimido á esta nacion generosa, aun existen vivos en el corazon de sus hijos el amor de la patria y ese valor indomable con que en otro tiempo dilataron el nombre español desde un extremo á otro del mundo. De este patriotismo podemos presentar

claras muestras en las actuales circunstancias, al ver que millares y millares de hombres, jóvenes en su mayor parte, libres y solteros unos, casados y con obligaciones otros, se apresuran á inscribir sus nombres para marchar á sostener la honra y los intereses de España en Cuba, sin temer los efectos de aquel clima mortífero para los europeos, que es la mayor defensa de los traidores insurrectos.

No puede permanecer la nacion indiferente á la conducta de tan heróicos hijos: además de asegurarles la merecida recompensa, acude la multitud presurosa á los puertos de embarque para aplaudirlos con entusiasmo y despedirlos cariñosamente. En esos instantes supremos en que el voluntario da un adiós á su pais para atravesar la vasta estension del Atlántico y combatir en remotos climas de donde no saben si regresarán un día, se ven escenas tiernas y melancólicas, que dejan en nuestra alma una impresion profunda. Aquí un anciano de cabellos blancos estrecha cariñosamente á su querido hijo, encargándole se porte siempre como buen español y buen soldado; mas allá el amigo, se despide del amigo; la hermana, del hermano; la prometida, del amante.

El asunto de nuestro grabado representa un cuadro no menos tierno que el de Hector y Andrómaca en las puertas Sceas: un valiente voluntario acaba en el muelle de Cádiz de comer quizá por última vez con su joven esposa y su pequeño hijo, de los que se despide con tiernos abrazos: á corta distancia se ve el lanchon donde ha de embarcarse con sus compañeros para abordar al vapor, que despidiendo negras columnas de humo, está pronto á disparar el cañonazo de leva y emprender su marcha magestuosa á través del Atlántico: en la muralla la multitud agita blancos pañuelos, dando vivas á España, y todo espresa animacion, ternura, valor y sentimientos generosos.

¡Quiera Dios que terminada en breve la insurreccion, puedan tantos valientes españoles volver á pisar el patrio suelo y estrechar á los que esperan su triunfo y su regreso!

Nada hay tan provechoso como el criterio de la libertad aplicado racionalmente á todas las cuestiones sociales. En la de enseñanza, sin duda la mas importante, pues de ella depende el porvenir de la sociedad, el espíritu reglamentario y de rutina sólo produce un estancamiento infecundo, y por consiguiente la decadencia científica; porque el saber, cuando no avanza, retrocede y se prostituye.

Convencido de esta verdad el ilustrado profesor don Ramon Giralti-Pauli, ha renunciado su cátedra oficial de Instituto para dedicarse con mayor independencia y estension á la enseñanza libre en todos sus ramos. En 1865 propuso al Gobierno le permitiera explicar su pensamiento en el Ateneo de Madrid, cuyo permiso le fue negado entonces. Hoy lo explicará dando varias conferencias por semana.

Para llevar á cabo ampliamente su pensamiento ha fundado una Asociacion de Profesores: así podrá extenderse á todos los ramos del saber humano. Invitamos á la Municipalidad para que atendiendo á los deseos del ilustrado profesor señor Giralti-Pauli, acepte su desinteresado ofrecimiento y lo aplique á la educacion de párvulos. Nosotros, amantes de todo progreso, damos la enhorabuena al señor Giralti-Pauli por el infatigable celo de que tantas muestras lleva dadas en pró de la educacion, que es la verdadera base del porvenir de los hombres y de las sociedades.

Por carta de nuestro apreciable corresponsal de Alemania el distinguido profesor señor J. Heuser, tenemos una nueva prueba de la merecida reputacion musical que en todas las capitales de la Confederacion germánica, y generalmente en el Norte de Europa, disfruta nuestro compatriota el señor Monasterio, residente hoy en Madrid, donde dirigirá los grandes conciertos que se preparan. Por esta causa el señor Monasterio, que ha sido invitado por las respectivas direcciones para alternar en los conciertos de Colonia, Leipzig, Aix la Chapelle y Elberfeld, ha manifestado su sentimiento de no poder tomar parte activa en ellos, aceptando la distincion con que dichas invitaciones le favorecen.

Mucho nos satisface, como españoles, ver la consideracion que paises tan ilustrados como Alemania dispensan á compatriotas nuestros. Efectivamente, el señor Monasterio, por su cultivo entusiasta de la música clásica, por sus escelentes dotes naturales y la facilidad y sentimiento de expresion que posee, merece los plácemes y alabanzas de cuantos aman el arte musical y un nombre distinguido entre los célebres profesores que en él descuellan, lo cual tenemos un placer en manifestar, uniendo nuestra voz humilde á las muchas y autorizadas que ensalzan el mérito del insigne maestro español.



EMBARQUE DE LOS VOLUNTARIOS PARA CUBA EN EL PUERTO DE CADIZ.—DESPEDIDA DE FAMILIA.

## LOS HUEVOS DE PASCUA.

(CONTINUACION.)

Y salió presa de ese delirio violento que hacia palidecer al mismo Gregorio Orloff, y con los labios y las manos en una agitacion convulsiva.

Al salir de una calle de árboles, encontró al gran duque y al joven Andrés Stefanoff.

Ambos estaban cogidos familiarmente del brazo y cambiaban en voz baja algunas palabras.

Al ver á Andrés, una mortal palidez cubrió el rostro de Catalina. Creyó entrever quizás el espectro de Gregorio Stefanoff.

—Madre mia,—dijo Pablo,—os presento á mi capitán de guardias.

Pablo pronunció estas palabras con tono firme, acercándose á su madre. Catalina lanzó sobre su hijo una mirada terrible... ¡profunda! Andrés sintió un estremecimiento general; pero se contuvo. La emperatriz le contempló algunos segundos, luego dirigió sus miradas al invernadero donde acababa de dejar á Arrika...

—¡Yo me vengaré de los dos!—murmuró tomando el camino de palacio.—¡Oh! ¡Sí... me vengaré!!

## IX.

## EL COFRECILLO.

Acababa de sonar la hora de media noche y la alegre multitud que celebraba la fiesta nocturna de los huevos de Pascua, continuaba todavía su placentera ronda por las calles de Petersburgo. Despues de ocho semanas de ayuno y abstinencia, el pueblo moscovita olvidaba sus mortificaciones pasadas. Este nuevo carnaval habia llevado á todas partes la alegría y la embriaguez, y las tabernas rebosaban de concurrentes. Difícil seria dar una idea exacta de un tumulto semejante. Se veian por todas partes bateleros silbando ó tocando algun instrumento; muchachas bailando ó cantando alrededor de los árboles cargados de lazos y de guirnaldas; mágicos ambulantes anunciando el porvenir á los cu-

riosos, y sobre todo esto un concierto inexplicable de campanas, comparable sólo al de la fiesta de San Alejandro Newski.

La iluminacion de las calles y de las plazas derramaba por toda la poblacion una prodigiosa claridad: se hubiera podido creer que la ciudad de los czares era presa de las llamas.

Dos hombres acababan de deslizarse secretamente en una de las calles mas sombrías, inmediata á la taberna de San Nicolás. La imagen de este Santo, colgada de un largo madero, se balanceaba alumbrada por una miserable candileja.

Las ventanas de la taberna dejaban escapar á aquella hora escasos rayos de luz, y los criados se apresuraban á cerrarlas todas.

—El señor Isaác está enfermo,—habian dicho aquellos á los parroquianos y á los curiosos.—El doctor Almann acaba de visitarle.

Y parroquianos y amigos se dispersaron rogando á San Nicolás velase por los dias del posadero, cuyo aguardiente era tan bueno y cuya hija era tan linda.

A la entrada de la taberna, en un sitio oscuro, y retirado, una sombra negra parecia pegada á la pared en aquel momento. Los dos hombres de que hemos hablado se acercaron á ella.

—Y bien, doctor,—dijo el más alto,—¿habeis cumplido mi encargo? ¿Qué noticias tenemos?

—Isaac se cree mas enfermo de lo que está y se halla durmiendo ahora. Irma, su hija, me ha entregado esta llave.

—¿La llave de su gabinete?

—Así lo nombra, á lo menos. Las paredes están desnudas, pero, sin embargo, hay cierto paraje en el cual ha fijado Isaac sus miradas con inquietud antes de dormirse. Yo hice allí una cruz con mi escalpelo. Ya la vereis.

—¿Creeis, doctor, que ese hombre sabrá los secretos de Zadowski y sobre todo el que hoy buscamos?

—Estoy seguro de ello,—contestó el doctor.—El viejo Isaac ha servido á los Zadowski de padre á hijo; espía ó lacayo de éste, ha heredado bastante de él para comprar la taberna de San Nicolás. No sin misterio tiene en la sala un retrato de Catalina.

—¿Es decir que esta vez nos hallamos en buen camino para descubrir algo?

—Sí y nó; pero á los grandes males los grandes remedios. Ese es mi axioma, replicó el doctor.

Vban á separarse aquellos hombres, cuando Almann sintió caer sobre su mano una lágrima ardiente.

—Doctor,—dijo Andrés,—lo que voy á intentar aquí decidirá quizás de la suerte de toda mi vida.

R. CAULA.

## A LOS SEÑORES SUSCRITORES

DE

## EL MUSEO UNIVERSAL.

Con el presente número acompañamos el prospecto de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, cuya publicacion viene á sustituir á la presente.

Esta variacion creemos será bien recibida de las personas que por tan largo tiempo han coadyuvado con sus suscripciones al sostenimiento de un periódico, que por espacio de trece años ha servido para consignar en sus páginas los acontecimientos que le permitian sus reducidas dimensiones.

La empresa, que desde principios de este año adquirió de sus fundadores este periódico, se propuso avanzar en la senda que aquellos ya tenian trazada, y desde luego habria realizado su propósito, si las circunstancias críticas porque atravesamos se lo hubieran permitido.

Ha hecho no obstante, cuanto le ha sido posible para cubrir el compromiso que contrajo, y si del todo no pudo lograrlo hasta ahora, no ha sido ni por falta de voluntad ni por restriccion en los medios; sin embargo, cree haber aprendido lo bastante en este año de costosísima prueba para poder ofrecer, como hoy lo hace, una publicacion que supere en mucho á la que hasta aquí ha dado á luz, y se congratula de que ántes de mucho LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA será una verdadera Ilustracion que nada deje que desear á los más exigentes.

No llevada esta empresa de ideas exclusivas de lucro, sacrificará, como siempre ha hecho, sus intereses para conseguir se aclimate esta publicacion en España con tan profundas raíces como ha llegado á aclimatar la de LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

El índice, portada y cubierta correspondientes al presente año de EL MUSEO UNIVERSAL los recibirán los señores suscritores en el próximo mes, con el primer número de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

Dicho número y los sucesivos les serán servidos, hasta completar el tiempo de sus abonos, sin exigir compensacion alguna por el aumento del precio.

Los señores suscritores que terminando su abono en fin del presente año lo renueven, recibirán en el acto como regalo un *Almanaque Enciclopédico Español Ilustrado* que hemos publicado con este objeto, y el cual consta de un tomo en 4.º mayor de más de 200 páginas.

Madrid y noviembre de 1869.

A. DE CARLOS.

ABELARDO DE CARLOS, EDITOR.  
ADMINISTRACION, CALLE DE BAILEN, NUM. 4.—MADRID.  
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG.

## LOS HUEVOS DE PASCUA.

(CONCLUSION).

Luego, hablándole aparte, añadió:

—Puede suceder que no vuelva á veros, ni á vos, mi único confidente, ni á otra persona por la cual daría...

—¡Mas bajo, desgraciado, mas bajo!—interrumpió el doctor Almann.—Os he comprendido. Si el gran duque llegase á saber...

—Es un amor, Almann, que ha nacido y debe morir en el mismo día. Si no me encontráis aquí dentro de una hora, decidle que el honor me ha sido siempre mas caro que la vida... Pablo es mi amigo... mi hermano... Yo no hubiera podido amar á Natalia sin vergüenza y sin remordimientos... ¡Oh, no, nunca! En caso de muerte únicamente le direis esto. ¡No es verdad, mi buen doctor?

El doctor prometió todo estrechando la mano de Andrés.

—¡A la obra!—le dijo,—y pensad ahora en vuestro padre.

Los dos amigos empujaron entonces la puerta, cuyos cerrojos habia descubierto ya Irma. Algunos vagos resplandores alumbraban todavía la sala baja: los dos hombres subieron al piso alto, mientras que Almann quedaba en acecho en la calle.

Una sombra ligera pasó en este momento por el corredor rozando con ellos.

—¡Irma! murmuró la voz de Andrés.

Irma era, Irma, la hija de Isaác, pero tan pálida, tan débil, que se la hubiera tomado por un fantasma. Sin embargo, iba vestida con un hermoso traje de fiesta.

—Monseñor,—le dijo á Pablo, á quien reconoció muy pronto,—os he obedecido porque sois mi soberano: ¡juradme que os acordareis algun día de lo que he hecho por vos! Estoy segura de que en vuestras manos no corren peligro alguno la vida y el honor de mi padre. Voy á rezar en este instante, con algunas compañeras mías, á la iglesia de Kazan; despertad con cuidado al pobre viejo y hablad con él sobre lo que deseais saber. Adios.

—Monseñor, dijo á Pablo,—hé ahí un problema cuya solucion me corresponde. Es muy posible que Isaác oculte aquí algunos papeles. Mi puñal tropieza con una especie de tabique... ¡mirad!

Andrés hizo saltar con la hoja de su cuchillo una piedra luego otra... y al cabo de algunos momentos de impaciencia y de angustia, vieron ambos aparecer un cofrecillo de cedro.

Era á manera de un estuche de sencilla apariencia, sobre cuya tapa se leían estas palabras: *Obra de Rentgen, Aleman de Neuvid.*

—¿Qué quiere decir esto?—exclamó Pablo acercándose á examinar el cofrecillo.

—Señores,—dijo Andrés,—he oido hablar en mi juventud de cierta cajita misteriosa por la cual pagó Isabel á un artista notable veinte y cinco mil rublos: estaba destinada á guardar una correspondencia de Estado. Encerrada en ella dicha correspondencia, allí debia permanecer para siempre. En el caso de que aquella emperatriz se viese en la necesidad de consultarla, sólo un condenado á muerte debia abrir la cajita, porque esta quitaba la vida á todo el que penetraba sus secretos. ¿Sucederá lo mismo con este cofrecillo? No lo sé; pero debo quedarme yo únicamente en esta habitacion... ya habeis hecho bastante por mí, monseñor, acompañandome aquí: idos ahora, ¡id salid á lo ménos del gabinete! ¡Yo soy quien debe llevar á cabo esta empresa, cualquiera que sea su éxito!

Diciendo esto, Andrés acabó de introducir en el cofre la hoja aguda y flexible de su puñal.

—¿No me habeis oido, monseñor?—volvió á decir al gran duque.—¡Huid, por favor, huid!

Un grito sonoro, fuerte, resonó en aquel momento; se hubiera creido que fuera lanzado por una voz humana gimiendo en el antro profundo de un calabozo subterráneo...

El cofrecillo habia sido roto.

Acababan de caer de él numerosos papeles que Pablo y Andrés se apresuraban á recoger, cuando un gemido prolongado salió del fondo de la alcoba.

Andrés y el gran duque vieron al mismo tiempo al viejo abriendo sus ojos espantados, inmóvil y pálido sobre la cama.

—¡Piedad!—exclamó;—¡piedad! ¿Qué me quereis? ¿Qué es lo que sucede?

Y sus dedos crispados señalaban el cofrecillo.

—¡Socorro! ¡socorro! gritó con la voz alterada por el miedo.

—Si aprecias en algo tu vida, viejo,—le dijo Pablo,—no pronuncies una palabra más. Déjanos obrar y no sufrirás daño alguno.

Pero Isaác habia saltado del lecho y su mano huesosa, descarnada, apretaba convulsivamente la cimitarra turca...

Dirigió un golpe terrible á Pablo, Pero Andrés separó su brazo con un vigoroso movimiento.

—¡Miserable!—prorumpió,—¡ibais á herir al gran duque Pablo!

A estas palabras cayó el sable de la mano de Isaác. —Monseñor,—baluceó arrodillándose.—¡Tened piedad de mí!... ¡de mi hija! ¡Yo no soy culpable!

Y quedó medio desvanecido en el suelo. Cuando volvió á abrir los ojos, Andrés y Pablo examinaban los papeles del cofrecillo, dejando conocer en sus semblantes muestras marcadas de disgusto. Esta correspondencia de Zadowski estaba en cifra. Apenas habia puesto Andrés su mano sobre ella, sintiera que una fiebre ardiente le abrasaba. ¡Veia por fin llegado el momento en que iba á descubrir aquel secreto de muerte!

A la vista de las cifras un grito ronco, estridente se escapó de su pecho.

—¡Ah, nada sabré, Dios mío!—exclamó.—¡La correspondencia de un espía!

—¡Isaac sabe todo, debe saberlo!—dijo Pablo, sintiendo como Andrés una especie de agitacion febril.

Isaac se arrastró sobre sus rodillas y besó, protestando que no sabia nada, los pies del gran duque.

—Isaac.—añadió éste,—piensa bien en tu posicion, ahora estás en nuestro poder... Ese hombre que ves delante de tí es el hijo de Gregorio Stefanoff.

—¡Gregorio Stefanoff, su hijo! murmuró el viejo como si saliese de un sueño.

—¿No conoces á Zadowski?

—Sí, monseñor, le conozco... es cierto... pero... juro aquí por todos los santos...

—¡Cuidado, Isaac, no blasfemes! ¡Tú has debido saber por Zadowski en qué prision de Estado ha hecho encerrar Catalina á Gregorio Stefanoff! ¡Responde!

Isaac guardó silencio.

—¿Sabes—continuó Pablo irritado por la resistencia del viejo,—que podemos hacer de tí lo que se nos antoje? ¡Irma, tu hija, está en la iglesia de Kazan y la emperatriz en palacio... reflexiona! El conde Andrés Stefanoff está decidido á valerse de todos los medios para averiguar la verdad. ¡Habla ó mueres!

—¡No hablará!—grito de repente una voz que heló la sangre en el corazon de Pablo.—¡Isaac, aun llevo á tiempo!

—¡Mi madre!—exclamó el gran duque retrocediendo.

—¡La emperatriz! dijo Andrés adelantando un paso hácia Catalina.

Y acarició con la mano el mango de su puñal, que tenia oculto bajo el castan.

—¡Isaac!—dijo despues de haber arrojado una mirada desdeñosa sobre Pablo,—¡Isaac, te amenazan en vano!

—¡Este hombre hablará,—se atrevió á replicar el gran duque,—ó hablareis vos por él señora! Decidid.

Fueron pronunciadas con tal resolucion estas palabras, que Catalina no pudo reprimir un ademán de sorpresa.

—¿Qué es esto, hijo mio? ¿Mandais vos donde debo mandar yo? preguntó la emperatriz admirada de la audacia de Pablo.

—Sí, señora,—respondió éste, que no cejó,—tengo desde hoy el derecho de mandar. Ese viejo tiene que darme cuenta de un acto odioso, inicuo y hablará,—proseguió Pablo con enteraza,—porque de otra manera, esa santa Virgen que está á la cabecera de su lecho descenderá para castigarle; porque, de otra manera, Irma, su hija querida...

—¡Mi hija! ¡Irma!—exclamó el viejo lleno de terror.

—¡Oh, piedad, monseñor! ¡Que no se le haga daño!

—¡Habla, entonces; yo te lo ordeno, soy tu príncipe!

—¡Calla, Isaac, soy tu emperatriz!

—¡Estás próximo á la muerte, viejo: hazme esa confesion tardía y que los ángeles te riciban!

—¡El infierno te aguarda si no obedeces á Catalina que profesa un culto tan grande á todos los santos!

—¡Isaac, tu silencio será para tí la muerte!

—¡Calla y aseguras el porvenir, la vida de tu hija... yo la dotaré... confía en mí! insistió la emperatriz.

Fatigado por esta lucha, el pobre anciano empezaba á sentir que un velo iba extendiéndose sobre sus ojos. De repente sus labios se cerraron y lanzó un débil grito.

—¿Dónde está el padre de Stefanoff! pregunto Pablo ¡Tú debes saberlo. Isaac!

—Gregorio Ste... fa... noff... el favo... rito... está... está... en la fortaleza de... de... allá... abajo... en... en...

Catalina saltó como un tigre sobre el viejo cuando éste decia:

—¡En... Oremburgo!

El pobre Isaac no dijo más; su cabeza cayó en el suelo como un pedazo de plomo. La mano de Catalina no llegó á tiempo para ahogar aquella última palabra: ¡Oremburgo!

Un silencio glacial sucedió á esta escena. Andrés, ébrio de dicha, de esperanza, se habia arrodillado y daba gracias al cielo.

—¡A caballo! exclamó Pablo.

—¡Monseñor, dijo Andrés, sois mi amigo, mi hermano! ¡Oh, os reconozco bien, sois el digno hijo de Pedro III! ¡Oremburgo! ¡Oremburgo!

—Sí, corre á esa fortaleza de Oremburgo,—murmuró Catalina,—¡corre, Andrés Stefanoff, llegarás demasiado tarde!

—¿No comprendéis, señora, que estais ahora en mi poder, y que si quisiera vengarme?...

—¡Vengaros!—interrumpió Catalina con desdeñosa sonrisa.—¡Oh! para eso. Pablo, seria preciso que fuéseis muy poderoso... seria preciso... ¡Mirad, nada mas que con esto,—continuó la emperatriz enseñándole el anillo imperial que llevaba puesto,—nada más que con arrojar esta sortija por esa ventana, todo mi pueblo acudiría en defensa de su soberana!

—Esa sortija,—replicó Pablo exaltado de furor,—esa sortija, madre mía, me la darás ahora mismo...

—¡Jamás!

—Me la dareis para salvar á Gregorio Stefanoff... ¡Oh, sí... me la dareis!

—¡Nunca! ¡Nunca! os repito.

—¡Pues bien, entonces me apoderaré yo de ella! Y despues de haber arrancado, entre mil esfuerzos, del dedo tembloroso de su madre el anillo que ésta se obstinara en negar, aunque en vano, dijo á Andrés:

—¡Corre con este anillo imperial y haz derribar las puertas de la prision de tu padre! ¡Toma uno de los caballos de Isaac y vuela!

Y volviéndose á su madre:

—¡Señora, desafío á vuestros espías á que lleguen antes que Andrés á las puertas de Oremburgo!

X.

MARLY.

La emperatriz habia determinado que las fiestas de Pascua concluyesen con un baile dado por ella en Peterhoff.

Los pensamientos de Catalina al dirigirse á esta deliciosa morada habian sido muy tristes. En el camino volvió á ver el meson en que hiciera alto cuando, en otro tiempo, iba perseguida por su marido, y en donde, ocupando un pobre cuarto, procurara dormir algunos instantes bajo las capas de sus oficiales. En aquel mismo lugar, acompañada de su última la princesa Dashkoff, arrojara al fuego un gran número de cartas. El recuerdo de aquella jornada oscureció todavía más sus melancólicas ideas.

—¡Ay Dios!—murmuró,—¡es preciso que yo tenga que vengarme siempre de alguno! ¡Ayer, era de Pedro III, hoy de mi hijo! ¡Ah! Todo mi orgullo se subleva! Ese desdichado pretende triunfar, se ha atrevido á desafiarme! ¡Luchar contra mi poder! ¡Declararse el protector, el apoyo de Andrés Stefanoff! ¡Imprudente! ¡Imprudente! ¡A estas horas debo estar ya vengada!

La noche se acercaba: Catalina despidió su acompañamiento y subió lentamente las escaleras del terrado. El sol se ocultaba entre anchas franjas de vapores naranjados; el golfo brillaba en lotananza como una gran banda de esmeraldas. La emperatriz sacó de su bolsillo un pequeño silbato de plata y tocó: á esta señal, un oficial de palacio se dirigió á ella en seguida.

—Bien,—dijo Catalina,—bien, Fedor, eres exacto. El oficial se inclinó.

—¿Tienes noticias de Oremburgo?

—Señora, he aquí las cartas.

—Gracias. Ahora es preciso que te encuentres dispuesto á ejecutar mis órdenes á media noche.

—Estaré pronto á esa hora, señora.

—Bien: serás advertido por uno de mis pajes. Fedor volvió á inclinarse y salió.

Apenas se alejara, la emperatriz rompió el sello de las cartas que le acababan de ser entregadas. Una extraña sonrisa arrugó sus labios delgados y pálidos.

—¡Estaba segura de mi venganza! dijo en voz baja con acento triunfante.

Luego, volviendo á acercarse á las damas de quienes se habia separado, continuó, dirigiéndose á una de ellas:

—Condesa Minodora, dadme por un momento vuestro lápiz y vuestra cartera.

La condesa Minodora Kirkoff se apresuró á entregar á la emperatriz los objetos que esta le pedia.

Catalina entró en una de las grutas del parque y escribió de prisa unos cuantos renglones.

—Condesa,—dijo, volviendo á salir en seguida,—debeis conocer á un jóven francés que se llama Enrique de Luz; le entregareis esto... pero con misterio... ¿Comprendéis, señora condesa?

Y como esta parecia algo confusa, añadió la emperatriz:

—Se trata de un negocio de alta diplomacia. Es una prueba que os doy de la confianza que vuestro celo me inspira.

Y pronunciadas estas palabras, se dirigió con las demás señoras hácia las gradas de palacio, dejando la condesa Minodora Kirkoff admirada y pensativa.

—¡El caballero Enrique de Luz!—decia la pobre dama entre dientes.—La emperatriz se imagina, sin duda, que porque soy la esposa del ministro de policía, debo conocer á todo el mundo! Si mi marido estuviese aquí siquiera! Un negocio importante... un jóven francés...—añadió paseándose con agitacion,—¿que quiere decir esto? tendremos acaso algo que ver con Francia? ¡no es mal trabajo tener que buscar un hombre en medio de esta barahunda! ¡A no ser que me coloque en la verja principal como una estatua de mármol, no hallo medio de descubrir á ese infernal caballero!

Sin embargo meditemos un poco... ¿No podría ser

esto un principio de favor y de fortuna? Una misión secreta... misteriosa... ¡hace veinte y cinco años que estoy esperando una ocasión semejante!

La condesa Minodora, que el lector conoce ya por la descripción que de ella hemos hecho, lanzó un prolongado suspiro dirigiendo una lastimosa mirada sobre su traje.

—¡Decir—exclamó,—que me había adornado tan perfectamente para esta fiesta, y que ahora, gracias á ese maldito francés, voy á ver desgarrados mis hermosos encajes! ¡Paciencia! Enrique de Luz... sí... este es el nombre escrito por la emperatriz en este papel...

Embebida en estas reflexiones la condesa Minodora no paraba su atención en la multitud de convidados que empezaban á circular por el parque, ni en los fuegos artificiales que anunciaban el principio de la fiesta.

—¡Mujer del ministro de policía!—pensaba,—¡es un honor muy grande para mí, pero bien pesado ciertamente! ¡No poderse dejar una llevar alguna vez por un caprichillo! ¡No atreverse siquiera á escribir un billete inocente, por muy inocente que sea! Ese joven, por ejemplo, ese bello joven que he encontrado perdido en las calles de Petersburgo la noche de los huevos de Pascua, y que desde entonces me sigue por todas partes... ¡Ah! ¡Si yo no fuera tan virtuosa!

La condesa Minodora se calló. Las sombras iban extendiéndose en torno de ella. Un ligero ruido de pasos la hizo estremecer... un joven se acercaba á través del espeso bosquecillo, en que la emperatriz la había dejado.

Era don Tello.

El portugués traía un brazo vendado, pero se sonreía con aire de triunfo. Saludó á la condesa con la más fina amabilidad.

—¡Estais herido, caballero! ¿Habeis tenido algun encuentro, sin duda? preguntó la condesa Minodora.

—Lo habeis adivinado, señora. Un encuentro de fecha muy reciente. El asunto data de esta misma mañana. Aunque hace ocho días largos que mi adversario abrigaba cierto rencor hacia mí...

—¿Cómo es eso?

—La cosa es bien sencilla. Yo había tenido un leve altercado con cierto desconocido, un francés; sin embargo, casi nos habíamos olvidado mutuamente de semejante lance, cuando ayer, á propósito de una joven, de una de las damas de honor de la emperatriz...

—Proseguid.

—Hablando el marqués de Tréval y yo de las dichas damas que forman el séquito de Catalina, se me antojó decir que no eran todas tan recogidas y virtuosas como las señoritas de Saint-Cyr; entonces, el caballero Enrique de Luz que me escuchaba...

—¡El caballero Enrique de Luz!—interrumpió vivamente la condesa.—¿Cómo! ¿le conocéis?

—¡Ahí está! murmuró de improviso don Tello al oído de la condesa.

Y con un dedo le señaló al caballero Enrique de Luz.

El joven francés se había detenido en uno de los ángulos de la fuente principal de los jardines de Peterhoff. Parecía que esperaba á alguien.

Verdaderamente este parque y esta magnífica decoración, única en el mundo, le preocupaban entonces menos que un pensamiento ardiente, inquieto de que era juguete. Reunió sobre su casaca de terciopelo sembrada de estrellitas de acero los pliegues de su capa, y se mantuvo de pie arrimado á una estatua de Diana cazadora.

La condesa Minodora no se dió tiempo siquiera para examinarlo; se acercó á él, y entregándole el papel de la emperatriz:

—¡Tomad y leed! dijo misteriosamente á Enrique de Luz.

Y se perdió en seguida bajo las espesas sombras de una calle de árboles que desembocaba en el pabellón de Marly.

Este pabellón hacia frente al de Monplaisir, nombre enteramente francés elegido por Catalina como para rivalizar con los de Brimborion y Luciennes, en Francia.

Enrique se aproximó á un tejo iluminado. Se preparó á leer el billete misterioso, cuando una blanca no vino á posarse sobre su espalda.

—¡Arrika! exclamó.

La bella joven, cuyo pecho latía con violencia, no pudo decir á Enrique más que estas palabras:

—¡Dios mío! ¡Qué imprudente soy!

El caballero, subyugado por el encanto de contemplarla y de oírla, puso tímidamente el brazo de Arrika bajo el suyo, y lleno también de turbación y de temor, dirigió sus miradas hacia atrás, temiendo que alguno les hubiese seguido.

—Sería preciso un chambelán,—dijo por fin Enrique más tranquilo,—para atravesar sin extraviarse este parque iluminado. Verdaderamente esto es más bello que nuestro Versalles... ¡pero en Versalles, Arrika, podría amarte libremente y sin temor! ¡Oh! Al pensar en Catalina...

—Tranquilizaos, Enrique,—contestó la joven con trasporte,—la emperatriz nos ha perdonado! Ella misma me ha hecho venir aquí... me ama y ¿no lo sabeis

ya? ¡firmará nuestro contrato de boda! Sí, Enrique, y hoy ella misma también ha asistido á mi tocado, ¡Mirad estas alhajas; estas perlas, estas turquesas, todo lo he recibido de su mano generosa!

Enrique permanecía mudo.

—¡No puedo explicaros, amigo mío,—prosiguió Arrika,—lo buena que ha sido para mí! ¡Toda aquella cólera no fue más que una nube pasajera! Esto me ha animado á venir á buscaros. ¡No sé si habré hecho una locura,—añadió extendiendo hacia su amante dos hermosos brazos,—pero querido Enrique, considerando que somos dos novios!... Y ese contrato, nuestro contrato, Enrique mío, ha de ser firmado por la emperatriz durante el baile. ¡Ah! ¡seremos unidos bajo los felices auspicios de una fiesta! Pero... estás destruido... ¿Qué tienes?

—¡Yo! ¡Oh! nada... nada... te lo juro, respondió Enrique ocultando el papel que acababa de recibir.

—¿Que papel es ese que estrujas entre los dedos? le preguntó la joven.

—Lo ignoro, querida mía; iba á leerlo cuando has llegado.

—¿Quién te lo entregó?

—¡Una dama cuyo nombre no sé y cuya cara desconozco, aunque juzgando por el brillante traje que llevaba, debe pertenecer, á la corte.

—¡Una dama de la corte!—exclamó lentamente Arrika,—¡es una cosa bien singular! Sin embargo,—añadió con alegría,—nada tiene de particular todo esto. ¡Sois bastante buen mozo, mi querido caballero, para causar un incendio en Peterhoff parecido al que estamos viendo; pero cuya duración no será tampoco muy grande... porque dentro de cortos instantes vais á ser mi marido... si señor... la emperatriz lo ordena! ¡y un marido por orden...

—Tienes razón, Arrika; y mi intención no era ocultarte el contenido de este papel. Voy á leerlo ahora mismo.

Ambos se acercaron entonces á un hermoso emparado, que imitaba una *pergola* italiana, sembrado de luces de Bengala dispuestas como verdaderas piedras preciosas de colores, las cuales arrojaban un mágico resplandor.

El caballero abrió el billete y leyó:

—«En vísperas de casarse, es muy conveniente conocer el porvenir. Se os aguardará á las once en punto en el pabellón de Marly. Allí sabreis vuestro horóscopo. Venid sin falta. Vuestra negativa os atraerá grandes desgracias.»

Firmada: LA ADIVINA.

El contenido del billete dejó mudos de sorpresa á los dos enamorados.

Arrika rompió el silencio la primera, al ver que el caballero prorumpía en una estrepitosa carcajada.

—Muy bien,—dijo,—reid, reid todavía más, señor mío; la cosa lo merece. ¡Cómo si la perfidia y la maldad no pudiesen ocultarse bajo ese billete! ¡Una adivina... ya sabemos lo que quiere decir... uf! ¡una bruja! ¡Oh! Si yo fuera emperatriz las haría quemar á todas, á fin de que sirviese de ejemplo. ¿Qué es lo que significa todo eso? Lo ignoro; pero estoy segura, por de pronto, que se conspira contra nosotros. ¡No vayais, no vayais, Enrique! La emperatriz ha querido saber una vez su destino por medio de los naipes, y tales cosas oyó, que la encontramos desmayada, medio muerta sobre un sofá. ¿Qué pudo decirle aquel famoso adivino, aquel pícaro brujo que era, según recuerdo, un armenio? Jamás lo hemos sabido. ¡Oh, Enrique! Si te guías por mis consejos, no acudirás á esa cita. ¡Tal vez se interese en ello tu vida.

—Tranquilízate, mi querida Arrika, no se trata más que de oír la buena ventura. Perdóname que sea un poco supersticioso. ¡Tuya es la culpa!

—¿Cómo!

—Sin duda alguna; ¡eres tan hermosa! ¡Necesito tener tu mano entre las mías, mis ojos fijos en los tuyos, para no creerme juguete de algun sueño! ¡Ah! ¡Si tú hubieras visto como yo las fiestas de la corte de Francia, aquellos jardines tan deliciosos llenos de misterios á la dulce claridad de la luna; entonces, comprenderías, Arrika, amada mía, por qué el solo nombre de Marly ha conmovido mi corazón! Por lo demás, nada temas; la cita á que se me llama, no puede ser un lazo vulgar tendido á mi loca curiosidad... no... ¡quién sabe si me hablará de Francia, de mi familia, de mis amigos!... ¡El porvenir!—añadió Enrique,—¡el porvenir!

¡Oh! ¡Bien asegurado lo tengo al lado tuyo! Pero... ¿y lo pasado? ¡Medita un poco sobre mi posición; estoy desterrado, y no tengo la menor noticia de ese país que amo tanto! ¡Tal vez se me quiera dar algun aviso, algun consejo prudente que me haga estar prevenido para cualquier suceso! ¡A la vuelta te contaré todo lo que pasa, sin olvidarme del menor estremecimiento de alegría ó de temor que haya sentido mi alma! ¡Arrika! ¡Yo te amo! ¡No dudes, no puedes dudar nunca de mi amor!

Arrika no podía ocultar su pena; Enrique tuvo compasión de ella.

—¿Sufres, amada mía?—le preguntó.—¿Quiéres que me quede? Ordena, pues, lo que gustes. Habla, querida Arrika, mi dicha está en complacerte.

En este instante se encontraban delante del lago de Marly, cuyo pabellón se percibía como una masa tenebrosa. Este sitio del parque era el único que se hallaba sumido en la sombra.

—Tengo miedo,—dijo Arrika;—¡oh! Tengo mucho miedo, Enrique. Ese pabellón suele estar alumbrado ordinariamente como el de Monplaisir y el de la Ermita. ¿Qué significan esas tinieblas hoy? ¡Huyamos de aquí, amigo mío, huyamos!

Arrika sintió, al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, una mano fría que cogió la suya.

—¡La emperatriz os ordena que vayais inmediatamente á palacio! le dijo en voz baja la persona á quien pertenecía aquella mano.

La joven reconoció á la condesa Minodora Kirkoff. La condesa y Arrika tomaron rápidamente el camino de palacio.

El caballero, entre tanto, atravesaba resueltamente el dintel del pabellón de Marly, donde acababa de aparecer una luz...

XI.

EL LOCO.

Así que se encontró dentro Enrique, sintió una especie de terror supersticioso.

Las habitaciones del pabellón estaban desiertas; el joven pasó por ellas con rapidez, no sin dirigir miradas de inquietud en torno suyo. Llegó al fin á la última pieza del pabellón, de la cual se escapaban los débiles resplandores de la luz de una lámpara; y con la mayor admiración vió cerrarse detrás de él la puerta de este gabinete, como si algun mágico la hubiese tocado.

—¿Dónde estoy?—pensó.—¿Qué me quieren? ¿Será verdad lo que presentía la inocente Arrika? ¿Habré caído en algun lazo?

Acababa apenas de hacer estas reflexiones, cuando una viva claridad hirió sus ojos. Una mano, hasta entonces invisible, había levantado la pantalla que cubría la lámpara, guiando al joven hasta una chimenea cubierta de flores y de arbustos odoríferos. Todo en este retrete suntuosamente amueblado rebosaba de perfumes y de encanto. Enrique se encontró delante de una mujer cubierta con un ancho dominó veneciano, sobre el cual brillaban medias lunas de plata y estrellas de oro.

En su mano enguatada tenía una varita, con la que trazaba en el suelo muchos círculos.

Enrique se inclinó para observarla: deseaba ver su rostro medio cubierto por un capuchón sembrado también de bordados cabalísticos; pero la adivina comprendiendo quizás la intención del caballero, volvió á bajar velozmente la pantalla de la lámpara, y el joven se encontró otra vez en la oscuridad.

—¿Sois el caballero Enrique de Luz?—dijo una voz.—¿Venís de Francia, no es verdad?

—Para servirlos, señora, respondió Enrique sorprendido del tono dominante con que fueron pronunciadas aquellas palabras.

—¡Debeis uniros esta noche con una de las damas de palacio y la emperatriz Catalina ha prometido firmar el contrato!

—¡Todo eso es cierto; pero se refiere á lo presente; y de lo que debe tratarse aquí, señora, si verdaderamente sois adivina, es del porvenir!

Enrique dijo estas palabras con cierta ironía. En París había asistido más de una vez á esta clase de sesiones, pues la ciencia de Saint Germain y de Cagliostro estaban entonces muy en boga.

—Tomad asiento,—dijo la adivina.—Vuestra mano. El caballero se sentó y presentó su mano con la mejor gracia del mundo.

—¡Mano de enamorado y de imprudente!—exclamó la hechicera,—puede coger, pero también puede dejar escapar.

—No os comprendo,—interrumpió Enrique;—lo que yo quiero, lo quiero con firmeza y decisión.

—¡Eso está muy bien dicho... pero si se os probase que en vez de aspirar á grandes cosas, codiciáis únicamente las pequeñas; si se os hiciese ver otro objeto más digno, más noble que el que buscáis!

—¡Nada pretendo conseguir más que la felicidad de Arrika!—respondió el joven con fuego.—La amo y ella me ama... ¡Oh! ¡no lo dudo un solo instante!

Un silencio glacial sucedió á estas frases. La adivina soltó instantáneamente la mano de Enrique.

—¿Con que tan bella la encontráis?

—Sí, señora; y mucho más todavía si considero que ni el vicio ni los escándalos de la corte han conseguido alterar en nada la santa pureza de su juventud. Al lado de Catalina, cuya hermosura es generalmente reconocida, la gracia dulce y casta de esa niña me ha conmovido de un modo extraordinario. ¡Ah! En vano busco cuál puede ser su crimen á los ojos de la emperatriz. Es verdad que pudo haber alguna imprudencia en la entrevista que me ha concedido en el palacio imperial... pero nuestra unión aprobada ya por Catalina...

—¡Vuestra unión, habeis dicho! ¿Vuestra unión? ¡Por la santa imagen que llevo conmigo, esa unión no puede llevarse... no se llevará á cabo!

—¿Qué quereis decir? ¡Oh! estais blasfemando indudablemente! Pero... ¿Quién sois vos que haceis intervenir al cielo en una escena de hechicería? ¿Quién sois

señora, para burlaros así de mi amor y de mis juramentos?

—Una mujer, Enrique, que conoce á la emperatriz mejor que nadie en el mundo,—contestó la adivina con tono solemne.—Me habeis preguntado cuál era el crimen de Arrika, voy á deciroslo: ¡Enrique, Enrique, Catalina os ama!

—¡Catalina... la emperatriz! balbuceó el joven, sintiendo correr por su frente un sudor frío.

—¡Sí, Catalina la emperatriz! Os ha visto, y desde entonces no se ha separado vuestra imagen de su mente. Lo hecho, hecho está, y vos no podeis deshacerlo. Tal vez, caballero, le recordareis las facciones de un hombre á quien amó hasta la idolatría. ¡Estanislao Poniatowski se parecía tanto á vos! Teneis sus mismas maneras, el mismo encanto en la voz. La primera vez que Catalina os vió, quedó sorprendida de esa semejanza; cuando la hablásteis, su corazón se hallaba pendiente de vuestros labios. No podeis adivinar, Enrique, los secretos pensamientos de esa mujer, pero yo los leo, los penetro; he visto su confusión, su fiebre, sus ojos llenos de lágrimas. La emperatriz no se humilla nunca... no confiesa una debilidad... no ruega... manda y reina! Y á pesar de todo, joven afortunado, esa mujer coronada, poderosa, me ha hablado como si yo fuera otra cosa mas que un ciego instrumento de su voluntad y de su capricho. Despues de haberme pintado su amor, sus celos... (porque ella es celosa, tenedlo presente), y de haberme indicado que queria terminar de una vez vuestras desdichas de proscrito, sacó de su seno esta llave de oro, esta llave, misterioso talisman que os abre de un solo golpe las doradas puertas del porvenir, de la felicidad! Esta llave os proporcionará la entrada en las habitaciones reales, y esta misma noche, si teneis valor, podreis hacerla girar con mano firme en la cerradura de la puerta que os conducirá á...

—¡Basta! —interrumpió Enrique,—no prosigais. ¡Eso sería una infamia! ¿No voy á ser hoy el esposo de Arrika? ¿Creeis acaso que lo olvido? Catalina ha prometido poner su firma debajo de nuestros dos nombres... ¡y se atreve ahora á proponerme la mentira y el perjurio!

—Sereis poderosísimo, Enrique; un pueblo de señores y cortesanos aguardará con el alba á que desparteis: marcharán al redoble de vuestros tambores... se colgarán á vuestra capa... ¡Favorito de Catalina! ¿no comprendeis lo que esto quiere decir?

—¡Para mí la desgracia, la vergüenza, el desprecio! ¡Oh! yo sería el primero en maldecirme si pudiese dar mi consentimiento á semejante proposición.

—Sois severo, Enrique, ó mas bien, sois injusto. El alma de Catalina es noble y sensible, pero tambien firme y altiva. Si la emperatriz os ha honrado con su elección á vos, simple súbdito de Francia, es porque está cansada, creedlo, de esos amantes de un día, que ella crea con un soplo, y que luego se convierten en seres orgullosos é insolentes. En la corte de Francia se os habrá prevenido probablemente contra ella; pero esa misma corte es la que os ha desterrado á vos, débil y tímido mozo, desconociendo vuestro talento, vuestra gracia, vuestro mérito. Catalina os aprecia en lo que valeis y se encarga de hacer vuestra fortuna. Lo que se necesita ahora por de pronto, es que no asistais á ese contrato... no os faltarán pretextos que alegar... Se os buscará en aquel momento y no se os encontrará en ninguna parte, y al día siguiente... la emperatriz asegurará definitivamente la suerte de Arrika, casándola ventajosamente con uno de los oficiales de sus guardias. ¡Voy á dejaros solo aquí... reflexionad! Mirad esa llave de oro cuyo uso os he explicado ya... entonces á media noche debajo de la ventana de la sala de Diana; esta llave os será arrojada con un billete.

—¿Esta llave?

—Sí, y tened presente lo que os digo: Catalina, tiene sus ojos fijos en vos; vuestra aceptación ó vuestra negativa decidirán del porvenir que os aguarda. Os dejo, no olvideis todo cuanto os ha dicho la adivina. ¡Adios!

Y desapareció antes de que el caballero hubiese podido responder, dejando á Enrique presa de mil sentimientos diversos, inquieto, vacilante y sorprendido á un tiempo. Lo que acababa de oír de los labios de aquella mujer, resonaba todavía en sus oídos como un eco extraño. Iba á levantarse cuando oyó detrás de una persiana del pabellon una risa aguda... sarcástica.

—¡Alguien me escuchaba! —murmuró llevando la mano á la espada.—¡Oh! ¡desgraciado del imprudente!

Y con un movimiento rápido empujó la persiana y vió moverse una sombra entre los árboles.

El sitio, ya lo hemos dicho, se hallaba sumido en las tinieblas, pero el caballero, sin atender mas que á su cólera, alcanzó muy pronto al insolente burlon en una de las calles del parque.

Se encontró delante de un personaje de aspecto feroz. Sus vestidos estaban en pedazos, su corbata bordada llena de polvo y su barba y sus cabellos en el mas completo abandono. Enrique iba á sacar su espada, pero se detuvo al oír otra carcajada gutural y pensó que le hizo conocer que tenia que habérselas con un loco.

La mirada del desconocido dejaba ver bien á las cla-

ras, en efecto, que la razón le había abandonado... era una mirada fija, insensible. Una ligera espuma aparecía en su boca y sus dientes chocaban con estrépito. Se había dejado caer como una masa inerte en uno de los bancos de la calle de árboles que estaba alumbrada en varios parajes por la pálida luz de la luna. Enrique distinguió entonces la figura de un joven de aspecto noble y desdeñoso, cuya mano empuñaba por toda arma una rama cortada de algun árbol del parque. No tenia calzado y sus pies estaban vendados con unas miserables tiras de lienzo.

—¡Favorito! ¡favorito! balbuceó con voz ronca dejando caer sobre Enrique el acerado fuego de su mirada.

Enrique de Luz le contemplaba sin atreverse á interrogarle. El relámpago brillaba en la pupila del loco. Señaló con un dedo el palacio de Peterhoff iluminado y exclamó:

—¡Peterhoff!... ¡Oremburgo!... ¡aquí la alegría, el placer... y allá abajo!...

Se detuvo y hundió su cabeza entre las manos.

El caballero vió en aquel momento que una gruesa lágrima corría por la mejilla del infeliz, que siguió pronunciando algunas palabras vacías de sentido.

Entre tanto, había llegado la hora de la cena. Las luces, las antorchas inundaban de claridad la entrada del palacio. En este instante el loco sacó de su bolsillo un mal pedazo de pan negro y se puso á comerlo estúpidamente.

Enrique le estaba observando lleno de admiración y de terror, y notó que de repente uno de los carruajes reales, que atravesaba rápidamente la estremidad de esta calle del parque, fijó toda la atención del loco.

Pablo I y la gran duquesa Natalia ocupaban aquel coche, al cual seguían otros muchos: el loco extendió sus brazos suplicantes hacia el hijo de Catalina...

Pero el carruaje pasó adelante y dobló la esquina del lago de Marly sin que las palabras del desgraciado llegasen á ser oídas.

—¡Pablo! —decía,—¡oh Pablo! ¡Si tú supieses lo que han hecho de mi padre! ¡Catalina! ¡Oremburgo! ¡Ah! ¡Quién me vengará de esa mujer!

—¡Una mujer! preguntó Enrique acercándosele.

—¡Sí... la emperatriz! Esa mujer que acaba de despedirse de vos... la que os hablaba aquí... hace un momento...

—¡Era la emperatriz!

—¿Y quién sino Catalina hubiera podido proponeros ese vergonzoso pacto? ¿Quién sino ella se hubiera burlado así de las mas santas leyes? ¡Oh! ¡Todo lo he oído, todo! Yo os espiaba oculto en la sombra... cerca del pabellon... y lo que ella ha dicho está grabado aquí. ¡Desgracia! ¡Maldición sobre Catalina!

—¡Silencio, imprudente!

—¡Ah! Yo no soy un enemigo cualquiera, sabedlo, joven; soy rico y tengo mucha gente á mis órdenes... Allá abajo... junto á Moscow, mando en jefe, tengo derecho de vida y muerte. ¿Veis esta sortija, este sello que brilla en mi dedo?

—¿Y qué?

—¡Es el anillo de la emperatriz! ¡Sí... gracias á este anillo he penetrado en los calabozos de Oremburgo... y allí... allí... le he visto... le he visto y mis labios le besaron muchas veces!...

Y como Enrique parecía darle á entender que no comprendía nada, el loco añadió con un tono lleno de ternura y de respeto.

—Sí... él era... mi padre, mi querido padre, cuya frente magestuosa estaba coronada de una pura y santa aureola... yo creí que dormía y me aproximé á él dulcemente, conteniendo mi aliento... La cruz de San Vladimir se veía en su pecho junto á la de San Jorge. A su lado derecho se hallaba abierto el libro sagrado. «Padre, le he dicho en voz baja y tierna, vuestro hijo viene á buscaros; vais á dejar al instante este calabozo, ó mas bien esta tumba; la emperatriz lo consiente.» Los carceleros me miraban tristemente. Cogí una antorcha que tenia uno de ellos en la mano y me incliné sobre mi pobre padre... ¡dormía siempre! ¡Sueña tal vez! pensé. Me acerqué todavía más, con mucha precaución. Su mano colgaba fuera de aquel lecho sin nombre que todavía veo, ¡pero en qué estado, Dios mío! devorada, roída por los animales inmundos que pululaban en aquella húmeda prision. He pegado mis labios á aquella mano... ¡estaba helada! He querido despertar á mi padre con un beso... ¡horror! en sus mejillas, en sus labios se encontraba el horrible frío de la muerte! ¡Muerto! ¡muerto! exclamé arrastrándome por el suelo entre mil sollozos. «¡Oh! ¡he llegado demasiado tarde! ¡padre mío! ¡mi pobre padre!» He separado sus cabellos de su frente, he arrojado todo mi aliento sobre sus sienas... ¡vanos esfuerzos! Entonces... me ha parecido sentir á su cabecera el ruido de unas alas que se movían... ¡padre mío, era acaso tu alma? En seguida me he levantado gritando! ¡maldición! En el costado izquierdo del mártir, del santo, bajo la placa misma de San Vladimir, había una herida ancha y profunda... ¡Le asesinaran cobardemente!

Enrique vaciló y tuvo que apoyarse en un árbol, conmovido por la relación del loco.

—¡Le asesinaran! —continuó éste con risa frenética;—¡sí, le asesinaran como á Ivan, como á Pedro III! ¡Siempre la misma mano!

Se detuvo y dirigió lentamente una mirada en rededor suyo.

—¿No habeis adivinado á quién se debía esa órden de asesinato? —prosiguió;—¡Oh! sí, sí, lo habeis adivinado.

Enrique, consternado, bajó la cabeza.

—Pero lo que no sabeis,—añadió el loco todavía,—es lo que era mi padre el conde Gregorio Stefanoff... no lo sabeis... no... y voy á deciroslo... Miradme bien sin palidecer... aquí, á la luz de la luna... Yo soy...

Y arrastró á Enrique por un brazo hasta un sitio en el cual los rayos del astro nocturno iluminaron su semblante, que parecía el de un espectro.

—¡Futuro favorito de Catalina! —le gritó con voz alterada por el furor.—Mirame bien... el que estás viendo es el hijo de un favorito de esa mujer que se llama la emperatriz!

Y lanzando un rugido como el de una bestia salvaje, se perdió entre las intrincadas malezas del parque, sin que el caballero hubiese podido detenerle en aquella carrera insensata.

## XII.

## LA LLAVE.

Enrique acababa apenas de mezclarse á los numerosos grupos que llenaban los salones de Peterhoff, cuando vió acercarse á Arrika toda trémula.

En el semblante de la joven se hallaba retratada la inquietud: una palidez mortal había reemplazado á la esquisita frescura de su tez. Interrogó al caballero vivamente sobre la misteriosa entrevista del pabellon, pero no pudo obtener de Enrique, por el momento, mas que palabras vagas. El pecho del joven francés conmovido aun por la escena del parque, latía con fuerza y mil pensamientos lúgubres preocupaban su espíritu.

—Arrika,—dijo,—mi querida Arrika, no estamos seguros en este palacio; todo nos amenaza aquí y nos aconseja huir lo mas lejos posible. ¡Partamos, amada mia, partamos!

—¡Partir! ¿Puedes pensar en ello? ¿Qué es lo que ha pasado, Dios mío? Tus manos están heladas, Enrique, y tu frente empapada de sudor. ¡Oh! ¿Qué delirio se apodera de tí?

—No es delirio, créeme, sino realidad. Es preciso que antes de media noche hayamos abandonado el palacio.

—¡Dejar el palacio antes de media noche! Pero ¿olvidas que la emperatriz ha prometido firmar á esa misma hora nuestro contrato de boda, y que de eso depende mi felicidad, mi vida!

—Nadie mas que yo, Arrika, puede prevenirte del peligro que nos amenaza. La desgracia está suspendida sobre vuestras cabezas. ¡La desgracia... la muerte!

—¡La muerte!

—¡Te lo repito, sí! No nos queda más medio de salvación que la fuga. Tú conoces á la gran duquesa, procura verla al instante y suplicale que obtenga de su esposo un salvo-conducto para nosotros. Cada hora que transcurra sin salir del palacio, es un paso que damos hacia la desgracia, la separación, la muerte!

—¡Oh! me estremeces, Enrique; ya no dudo un solo instante. Partamos, pues, huyamos lejos de aquí. Voy á buscar en seguida á la gran duquesa. Pero... —añadió Arrika con expresión dulce y suplicante,—yo hubiera querido saber, amado Enrique, lo que aquella adivina te ha dicho.

—¡Calla... no lo quieras saber!... —respondió el caballero;—no me hables de ella... esa mujer... es el demonio, Arrika! ¡Vé, vé, amada mia, busca pronto á la gran duquesa!

—¿Y dónde volveré á encontrarte?

—Allí, en ese bosquecillo,—dijo Enrique señalando una masa de árboles que se destacaba á lo lejos;—¡te espero dentro de un cuarto de hora!

Y desprendiéndose rápidamente del brazo de la joven, bajó hacia los jardines, mientras que en los salones se daba la señal para formar las cuadrillas de baile.

El carácter del caballero era, ya lo hemos dicho, mas tímido que impetuoso.

Lo que la adivina del pabellon había dicho, ó mas bien lo que Catalina se atreviera á proponer, hacia en Enrique el efecto de una hacha pronta á caer.

—Mi situación es especial... —se decía,—huyo de lo que otros buscan... ¡ese amor de esclavo me causa horror! ¡Extraño despotismo el que habla por la boca del vicio y de la pasión! ¿Obtendrá Arrika lo que desea? ¡Oh, sí, debemos esperarlo todo de la gran duquesa, que es tan buena! Pero, ¡Dios mío! ¡si se negase!

Enrique se había sentado bajo una glorieta de espesas enredaderas y aspiraba sus perfumes; oía el ruido que producian las fuentes, cuyas limpidas aguas caían en conchas de mármol, y al mismo tiempo repasaba en su imaginación los diferentes sucesos en que había figurado desde su llegada á Petersburgo.

Al cabo de un rato vió destacarse de la sombra una forma esbelta y blanca, cuyo vestido rozaba misteriosamente el mullido césped del parque.

Era Arrika. Era Arrika, pálida, alarmada y sosteniéndose en pie á duras penas.

—¡Todo está perdido!—exclamó dirigiéndose á Enrique.—Es imposible obtener del gran duque Pablo ese salvo conducto que nos es tan necesario. La emperatriz y su hijo cambian en este momento frias y sinistras miradas; la misma duquesa, tan buena, tan afable, se halla muy consternada... Amenaza estallar una tempestad en palacio entre Catalina y Pablo I.

—¿Y qué hemos de hacer en este caso, mi querida Arrika? ¿Qué va á ser de nosotros, si nos falta nuestro único apoyo? ¡Oh, tú no sabes aun lo que va á suceder al firmar ese contrato si me presento delante de la emperatriz!

—¡Enrique... y si esos vagos terrores, esos peligros fuesen solamente imaginarios!...

—¡Ah, no, no!—respondió Enrique.—¡Sé muy bien que debo temblar, que debo huir! ¡Huyamos, te digo, huyamos!

—Pero ¿quién nos salvará,—exclamó Arrika, ¿quién nos sacará de este palacio que tú me has enseñado á maldecir? ¡La duquesa no se atreverá nunca á arros-trar la cólera de Catalina!

—Arrika, á nosotros únicamente pertenece ahora intentar algun medio de salvarnos... y los instantes son contados.

—¿Y el carruaje... y los caballos?

—Tengo la barca de Juan que me ha conducido á los jardines y me está esperando todavía.

—¿Y los esbirros de palacio?

—Procuraremos que no nos vean, y cuando se aperciban de nuestra ausencia, nos hallaremos ya fuera de su alcance.

—¡Os detendrán antes de que hayais puesto un pie en la barca! gritó una voz sorda que hizo estremecer á Enrique.

—¡El loco! prorumpió llevando la mano á su espada.

Pero Andrés Estefanoff le cogió el brazo sonriendo. Su mirada llena de fiera se hallaba impregnada esta vez de ternura y de benevolencia, y se habia fijado compasiva en Arrika.

—¡Imprudente!—dijo Andrés á Enrique,—dad gracias á Dios porque me hace llegar á tiempo. Todo cuanto acabais de decir es la verdad; es preciso que antes de un cuarto de hora hayais salido de Peterhoff vos y esa linda jóven... ¡y yo... yo tan sólo tengo el medio de procurar vuestra fuga y asegurarla... y la aseguraré!

—¡Vos! exclamó Enrique mirando con aire de duda á Andrés Stefanoff.

—Yo mismo. ¡Mirad esta sortija!

—Ese anillo... ya me lo habeis enseñado en otra ocasion... ¿no es el de Catalina?

—¡El anillo de la emperatriz, lo reconozco!—dijo Arrika examinando la sortija.—¡Ah, caballero, caballero! ¡Quien quiera que seais, salvadnos!

—Así será,—contestó Andrés,—pero con una condicion...

—¡Hablad... interrumpió el caballero,—¡hablad! ¡Oh, aunque sea á costa de mi sangre... de mi vida!

Y al hablar así imploraba suplicante al pobre loco. Este se aproximó á Enrique, despues de haber separado dulcemente á Arrika, y le dijo algunas palabras al oido en voz baja, á que contestó el jóven francés en el mismo tono...

—¡Lo uno por lo otro... cambiemos! añadió el loco, sin que Arrika pudiese oír nada, y entregando á Enrique la sortija que sacó de su dedo.

El caballero Enrique de Luz estrechó con fuego la mano de Andrés Stefanoff.

En seguida, Arrika y su amante desaparecieron. Así que se perdieron de vista detrás de los vastos jardines que hay á lo largo del golfo, Andrés se acercó al edificio, por la parte donde se encontraba la sala de Diana. Examinó por espacio de algunos segundos la ventana de aquella habitacion, y reuniendo en una mano los

pliegues de su capa, apoyó la otra en el ángulo de una estátua de mármol.

—¡Salvados!—murmuró, volviendo por última vez la cabeza y percibiendo una punta del blanco cinturón de Arrika, que desaparecia huyendo en un extremo del parque.—¡El anillo imperial les abrirá todas las puertas!

Quedó luego pensativo, apoyando en la mano su frente. Los ecos de la música que tocaba en los salones, llegaba á sus oídos sin distraerlo de sus ensueños. A su alrededor todo era silencio. Las luces de la iluminacion de los jardines iban extinguiéndose de rama en rama. Un viento impetuoso empezaba á soplar de la inmensa bahía de Cronstadt.

Andrés esperaba presa del delirio y de la fiebre.

De improviso, y mientras que el reloj de Peterhoff daba las doce, la ventana del salon de Diana se abrió y una mujer apareció en ella.

Andrés se estremeció; la oscuridad no le permitia ver claramente aquella forma humana, cuyo velo hacia flotar el viento.

El jóven se acercó á la pared: una voz trémula dejó oír estas palabras;

—¿Sois vos?

—Sí,—contestó Stefanoff, extendiendo su mano hácia la dama,—sí, Enrique.

Una gasa blanca cayó á sus pies; era un pañuelo, y á este pañuelo estaba colgada una llave de oro.

Apenas lo habia recogido todo del suelo, volvió á cerrarse la ventana.

—¡Catalina!—exclamó Andrés en voz baja,—ahora, ¡ya eres mía!

Atravesó rápidamente una de las calles de este magnífico jardin de Armida, y se perdió en una escalera secreta hábilmente oculta á los ojos vulgares por la puerta de una gruta. En el pañuelo de la emperatriz habia tambien un billete, y en este billete se hallaba trazado el amoroso itinerario que debia seguir el jóven favorecido.

Entre tanto Catalina dirigia á todas partes miradas inquietas; esta fiesta le abrumaba con todo el peso de su fastidio. En su impaciencia, adelantaba la hora, el feliz momento, y llegaba á dudar de la resolucion, ó mas bien de la temeridad del caballero. Sin embargo, él habia recogido la llave y se hallaba solo bajo la ventana del salon de Diana, solo, lejos de su amada, de Arrika. ¿Por qué habia de inquietarse la Emperatriz? A pesar de todo, Arrika no estaba en el baile. Esta idea hizo pasar una nube por la frente de Catalina.

—¿Dónde está esa niña?—le preguntó á la condesa Minodora.

Seria apenas media noche, cuando la Emperatriz hizo esta pregunta.

—No lo sé, señora,—contestó la condesa;—pero Arrika no debe tardar, porque esta es la hora en que, segun creo, debeis firmar su contrato de boda.

La condesa Minodora Kirkoff, cuyo contrato de boda podia datar seguramente del tiempo de Isabel la Grande, dirigia al mismo tiempo á su soberana una mirada llena de curiosidad. Don Tello, que se habia proclamado, con un valor digno de mejor causa, su caballero sirviente, se mantenia obsequioso á su lado.

—¿Quién es ese extranjero?—dijo Catalina.—¿Cómo se llama?

—Augusta señora, me llamo don Tello,—respondió el portugués adelantándose.—¿Puedo hacer algo en servicio de vuestra majestad?

Y añadió al oido de la condesa:

—Ya lo veis: ¡la Emperatriz me ha dirigido una sonrisa!

—Caballero,—volvió á decir Catalina,—hacedme el obsequio de averiguar si el conde de Narischkin, mi capitán de guardias, está esta noche de servicio en las

habitaciones reales. En este caso, dignaos conducirme aquí.

Don Tello no tardó en volver, acompañado del capitán de guardias.

—¿No habeis visto nada, capitán?—preguntó la Emperatriz.

—Acabo de ver á un hombre, con el sombrero hundido hasta los ojos, que daba vueltas con una llave de oro en la cerradura del gabinete imperial,—respondió el conde Narischkin;—he juzgado que seria alguno de los individuos de la Chancillería secreta.

—Justamente. Lo habeis adivinado, conde. Es un individuo de mi Chancillería secreta. Acompañadme: voy á bajar.

La Emperatriz se dirigió á su gabinete, abrió la puerta... y entró.

Apenas habian transcurrido uno ó dos segundos, cuando el capitán de guardias que estaba en el corredor, oyó un grito agudo... A este grito sucedieron otros muchos. Luego, Catalina, pálida y sin aliento, apareció á los ojos de sus fieles circasianos con los labios descoloridos y llena de turbacion y espanto.

—¡Un hombre!—pudo apenas balbucir.—¡Un asesino! Allí... allí... ¡mirad!

Y señaló con la mano las cortinas de su lecho. Todos se precipitaron hácia el pabellon que cubria la cama imperial.

Detrás de aquellas cortinas, se hallaba Andrés Stefanoff con los brazos cruzados, sereno... inmóvil...

El capitán de guardias levantó del suelo un puñal que tenia rota la punta. La hoja de este puñal habia resbalado sobre la coraza de acero que servia de égida á la Emperatriz hacia mucho tiempo.

—¡Muerte al asesino! gritaron los circasianos.

¡Stefanoff cayó sin haber exhalado ni un suspiro!

Cuando el gran duque Pablo, atraído como otros varios señores de la corte por el tumulto, entró en esta habitacion, tropezó con una masa inerte que hubo de hacerle caer.

Se inclinó á fin de averiguar lo que era, y á la luz de un hachon reconoció el cuerpo de Andrés.

Debajo de los vestidos ensangrentados de aquel desgraciado, se encontró esta divisa escrita de su propio puño en un libro piadoso que llevaba siempre consigo:

«Gregorius redivivus et ultor.»

Esta era, salvo el nombre, la divisa de Putgacheff.

Un año despues, la gran duquesa Natalia murió ó desapareció de una manera mas trágica que la pretendida princesa Tarrakanoff. Todo el mundo conoce la historia de Rasoumowski. Catalina no habia retrocedido ante un crimen, é introdujera cerca de la esposa de su hijo una mujer moscovita. Asistida la gran duquesa por esta mujer en un parto, espiró no se sabe cómo. Los detalles de esta muerte forman una página sangrienta y deshonorosa para la soberana que decretó los asesinatos de Pedro y de Yvan.

El café de la Regencia estaba ya muy en boga en el tiempo en que pasaba esta historia, que un viejo diplomático de Prusia, amigo del conde de Goertz, contaba á los concurrentes á dicho establecimiento. Enrique de Luz habia vuelto al servicio de la corte de Francia, en donde presentó á Arrika, su esposa, que llegó á ser muy pronto una de sus damas mas encantadoras.

Don Tello se casó en segundas nupcias con la condesa Minodora Kirkoff, cuyo marido habia muerto desterrado en Siberia.

Esto era, en verdad, lo menos que merecia el teniente de policía de Catalina; pero tambien es cierto que don Tello merecia algo mas que lo que el conde de Kirkoff le dejara.

REMIGIO CAULA.

FIN DE LA NOVELA Y DEL TOMO XIII.

